

ELISA CARLOS

Una Lanza por una Dama

(relatos)

San Luis Potosí, S. L. P., 1992

EX-LIBRIS



SISTEMA DE
BIBLIOTECAS

U. A. S. L. P.

SAD-3902 ✓

Inv. '96
98

11862.44

2305

0273-92028-A0041

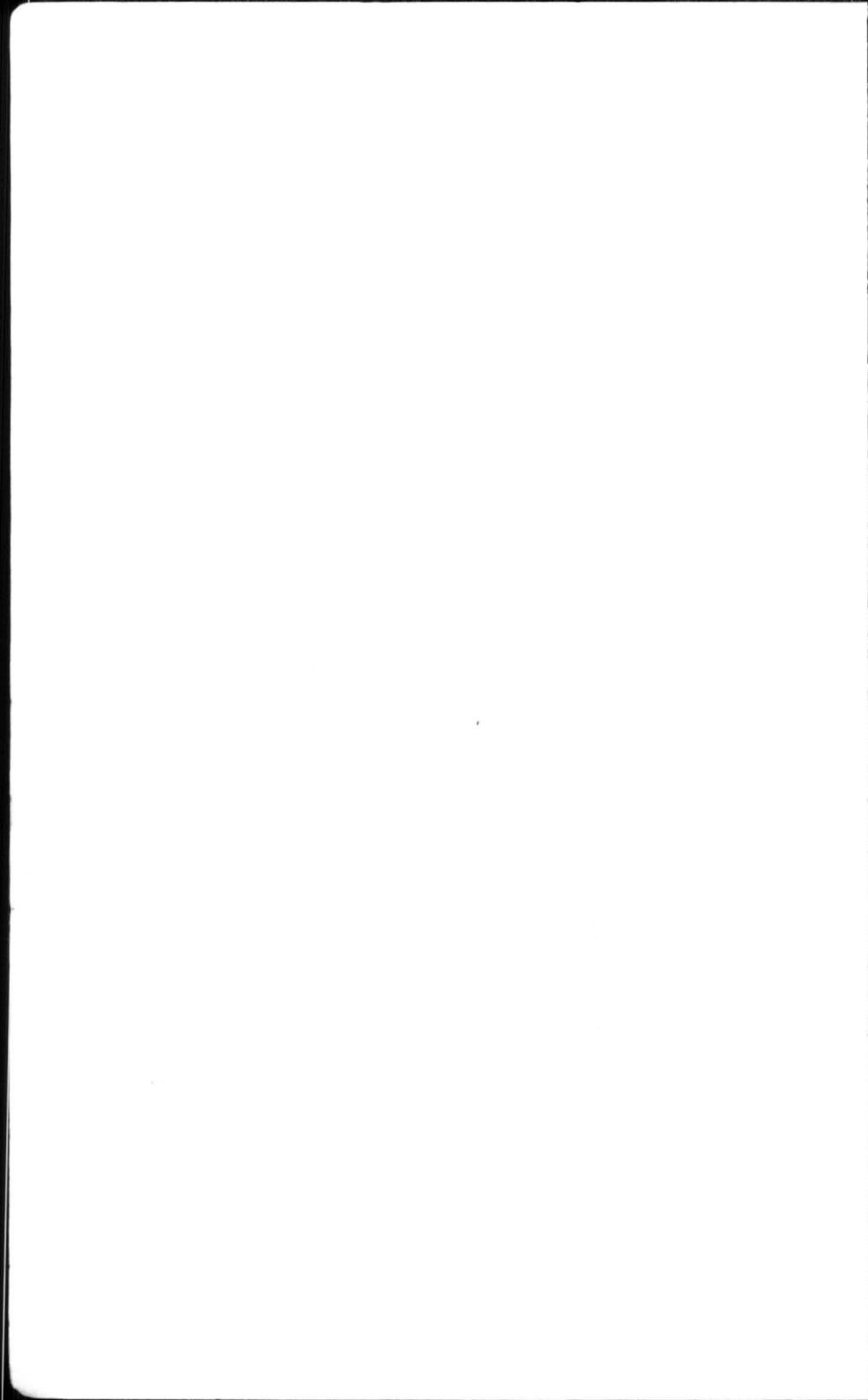
Editorial Universitaria Potosina

PRESENTACION

Una lanza por una dama, libro inicial de Elisa Carlos, contiene 16 relatos. En cada uno hay una faceta de las múltiples que componen una personalidad humana. Su autora mira la vida con cierto afán analítico y le desnuda sus engranajes. Sus narraciones son entretenidas y tienen un denominador común: la ironía, el humor que le permite mostrar cualidades y defectos. Los temas son variados y su estilo es adecuado al asunto, de tal manera, que las palabras no se quedan cortas.

Elisa Carlos forma parte del Taller de Literatura de la U.A.S.L.P. y se nos descubre como una escritora efectiva con habilidades de narrador que dice más que lo que cuenta.

J.M.



UNA LANZA POR UNA DAMA

Las fantasías de Reyna de la Torre se escapaban a través de la ventana enrejada, se iban por los adoquines de la calle, volaban sobre los sonidos en el aire de la tarde y encontraban a Arturo. Luego, tímidamente, aquellos sueños se retiraban ante el recuerdo duro de la cara impassible de él, de la indiferencia feroz de su mirada.

Reyna, retomaba los finos hilos de su imaginación y, una vez más, los tejía. Lentamente construía otra figura, la de un hombre valiente y audaz, un moderno Lancelote. Un caballero con las riendas en la mano, capaz de conducirla con seguridad a través de la aventura, por aquel pasillo semialumbrado rumbo a la habitación de un hotel difuso donde . . . Aquí sus pensamientos se detenían, la imagen de ella diciéndole a Lancelote "Un momento, voy a quitarme la faja" se presentaba cruel. La vergüenza circulaba viva dentro, el color rojo inundaba su cara. Y era en esos momentos en los que casi se alegraba de que Arturo y los muchachos pasaran todo el día y parte de la noche fuera de la casa. Estaba segura de que todos adivinarían qué clase de pensamientos se cocinaban dentro del horno secreto de su mente.

Cuando la noche victimaba la tarde: ropa sucia, coci-

na, costura clamaban por las manos de Reyna. Y otra vez, por la casa desierta el sonido de sus pasos y respiraciones fatigosas se paseaban ignorados. A la llegada de sus tres cuervos, como llamaba con cariño a sus hijos, se encendió en Reyna un principio de euforia que era rápidamente apagada por las caras de fastidio. La cama como último exilio, la recibía ya muy entrada la noche. En ella Reyna esperaba en vano a Arturo. El cansancio cerraba sus ojos después de las tres de la mañana.

Una tarde en que Reyna había logrado sacar la faja de sus fantasías, un ruido a su espalda la hizo voltear. Con sorpresa inaudita vio al Lancelote de sus sueños. Lo primero que le vino a la cabeza fue la frase "ya me volví loca". Con extrañeza descubrió que no le importaba. Lo contempló con más cuidado antes de intercambiar palabra. El brillo de la armadura lanzaba reflejos sobre la pared, los muebles y ella misma. Desde su gran estatura él la miraba con aquellos ojos inmensos de color azul. No le faltaba ni la espada, era idéntico al personaje imaginado. Con vergüenza descubrió que se preguntaba si el lunar en la ingle también estaría. Cerró rápidamente las ventanas, prendió la luz y le hizo frente. Se miraron en silencio por una eternidad. Después él, en medio del sonido metálico de la armadura, se acercó y . . .

Los días se encadenaron como rosarios para fabricar semanas. Estas pasaron sigilosas como los movimientos de Reyna. Todas las precauciones para impedir que la familia descubriera a Lancelote le parecieron pocas. Cuidados vanos. Para Arturo y los cuervos ella era invisible. Aún así, hospedar al caballero no dejó de ser un problema. La armadura y la espada eran enormes, ni qué decir de la lanza. Esta tenía una longitud que casi igualaba el largo de la sala.

La primera noche en la que el sajón pernoctó en la casa fue agotadora. El temor a que Arturo regresara más temprano y los descubriera en la lucha por subir el equipo deportivo de Lancelote a la azotea, hacía más torpes los movimientos de Reyna. Todo hubiera sido más fácil si el caballero hubiera hablado español y no aquel inglés arcaico imposible de entender. Los cuervos se quejaron de que el ruido no los dejaba dormir, pero ella los aplacó pidiéndoles que la ayudaran a tirar unas latas. A las dos de la mañana, Reyna, después de desechar el sleeping bag de Arturo por pequeño, terminó de preparar una cama hecha de cobijas en el cuarto de lavado. Ahí fue el aposento de Lancelote.

Los kilos de más de Reyna se fueron como llegaron, casi sin sentir. El caballero sabía comer bien. Nunca había en la casa comida suficiente para él. Ante el miedo de que Arturo descubriera el gasto extra, Reyna sacrificaba la mayor parte de sus alimentos en provecho de su legendario amante. Vendió su medalla de primera comunión y una esclavita de oro, regalo de su padre, para comprar los galones de vino tinto que Lancelote degustaba diariamente. El se paseaba por la casa durante el día, vestido únicamente con una pequeña túnica blanca que apenas le cubría parte de los muslos, cantando con voz ronca y un poco desafinada unas canciones inglesas muy raras para la época. Algunos vecinos le preguntaron a Reyna que quién cantaba. Ella les contestó que eran unas cintas que un tío les había mandado de Estados Unidos. "Los gringos están locos" respondieron ellos y ya no hubo más comentarios.

Los esfuerzos para enseñarle español a Lancelote fueron nulos. El no quería aprender nada, ni enseñarle nada a ella. Es más, Reyna renunció a intentarlo cuando se dio cuenta de que bastaba decir una o dos palabras para que

el caballero se sintiera incitado a darle rienda suelta a sus ardores amorosos. Eso estaba bien, esa parecía ser su función, pero él era de naturaleza fuerte y no le importaba si la hora y el lugar eran propicios o no. Eso ponía a Reyna en situaciones muy forzadas. Más tensa vivía desde que se dio cuenta de que Lancelote era celoso. En varias ocasiones lo vio tratando de entrar en la recámara, en la que ya se encontraba Arturo dormido, con un cuchillo en la mano. Después de muchas noches de vigilancia le puso un cerrojo a la puerta.

Las cosas se complicaron cuando descubrió que Lancelote quería salir a la calle. Aprovechaba cualquier descuido de ella para tratar de abrir la puerta. Era una guerra de nervios tan dura que decidió comprarle ropa moderna. Fue inútil, no quiso ni tocar los calzoncillos. Ella creyó notar en ese acto un dejo de superstición. Ya había un antecedente de esta conducta. Había ocurrido en los primeros días, cuando le había enseñado la ducha; el caballero se asustó tanto que desde entonces se bañaba en el pequeño patio de atrás con cubetas de agua fría.

Las ventanas estaban cerradas, Reyna vivía con los nervios tensos. El Sir se mostraba cada día más audaz. A la hora de la cena se salía del cuarto de lavado y ella sufría para volver a meterlo, sobre todo porque la lucha era en silencio. En dos ocasiones sus hijos vieron a través de la ventana una silueta que pasaba de un extremo a otro del patio. Los convenció de que era un ánima en pena pidiendo oraciones.

Cuando llegó la época de lluvias, el sonido de los granizos sobre la armadura provocó un escándalo en la casa. Se calmó cuando les dijo que eran unas tinajas que se le habían olvidado en la azotea. Afortunadamente Lancelote

no se dio cuenta. Gracias al vino tinto, esa noche se había quedado profundamente dormido.

De whisky fue la gota que derramó el vaso. Ese día era domingo y como siempre la familia se fue a sus diversiones. Arturo salió al último. La caja que esperaba se la trajeron hasta las diez, se la encargó a Reyna. Después de que la puerta se hubo cerrado tras él, Lancelote hizo su aparición. Con esa su caballerosidad, le quitó la caja de las manos y la llevó a la cocina. Pero el sajón también era curioso y no hubo poder humano capaz de impedirle que abriera la caja. Oh, ! noticia grata ! ahí estaban las botellas de whisky, tan parecidas a las de tinto. El caballero no conocía tal bebida. Reyna se hincó suplicándole que no tomara : fue inútil.

Las vecinas nunca estuvieron seguras de que aquel gigante rubio y desnudo que saltó de la azotea a la calle, fuera real. Se perdió en el horizonte dejando en el aire, aún vibrantes, las notas de una canción inglesa. La madre de los cuervos se quedó llorando de vergüenza pero curiosamente más tranquila. Se sintió libre hasta esa noche. Por fortuna, Arturo y los muchachos aún no regresaban cuando volvió Lancelote. De un salto tremendo desde la azotea, se posó en el patio. Reyna se quedó de una pieza. Lo vio ahí, a la luz de la luna, sonriendo, y notó que había engordado. El pelo le había crecido mucho, casi le llegaba a la cintura. La barba se esponjaba, rebelde, en todas direcciones. Entonces comprendió que él comía y bebía como si estuviera en su ambiente, pero en esa casa no había caballos, no se llevaban a cabo torneos, no había doncellas que rescatar ni griaes que buscar. Pobre Lancelote, pensó. Esa noche fue la despedida. Lo vio por última vez, cargado con sus pertenencias, desnudo porque el equipo le venía chico, perderse en la esquina de la calle. Los reflejos del

foco sobre la armadura parecían torcidos. Los golpes del granizo la habían abollado y la lluvia la había cubierto de herrumbre.

Mientras el chirrido de la lanza contra los adoquines se perdían en la noche, Reyna pensaba en Sherlock Holmes...No, Holmes no, va a pedir opio...tal vez James Bond...¿y la licencia para matar? ¿y el champaña? Dios me ampare...o Federico Chopin...tisis galopante, las toses, el contagio. No. él no...quizá...Bueno, tenía muchas horas para pensarlo. Esas cosas había que tomarlas con calma.

LUZ, MAS LUZ

Una mañana despertó asustada, había soñado con el don, y no sólo eso, en el sueño lo había usado. Salió rumbo al trabajo luchando por despegar los tercios restos oníricos de aquella blasfemia involuntaria.

Llegó al laboratorio más tarde que de costumbre, abrió la puerta con un poco de miedo, esperando no encontrar al trío compuesto por el jefe y sus dos compañeros de trabajo. Los conocía muy bien. Luz era inteligente, con mucha experiencia en el trabajo, pero desde el primer día la trataron como lo que era para ellos: una mujer de treinta y cinco años con muy pocos atractivos. En tres años a su lado, lo único que había obtenido de aquellos hombres eran sarcasmos, desprecios y una carga injusta de trabajo. No era eso a lo que había aspirado durante sus años de estudiante. Había sido la mejor alumna de su generación, su carrera le gustaba. Pero ahora, en el laboratorio la hacían sentir como pájaro enjaulado lastimándose con los barrotes. Todos sus proyectos eran plagiados por el jefe, su trabajo lo lucían sus compañeros sin darle crédito, y bien claro había quedado, como anatema, la esperanza de subir un ápice en el escalafón.

Sus temores se confirmaron, ya estaban ahí los tres. Saludó con un tímido "Buenos Días" que se quedó flotan-

do en el aire; se podía decir que el primer golpe se lo dieron con el silencio. Después hubo varias burlas indirectas, claramente dirigidas a ella y la voz del jefe exigiéndole el proyecto de investigación que él debería entregar al día siguiente.

El resentimiento arañaba dentro de Luz, luchando por manifestarse. Sólo la enorme fuerza de voluntad, practicada por años de reprimir el don, impidió el estallido. Trabajó en silencio durante la mitad de la mañana. A las once, el cerebro, casi por cuenta, le trajo a la memoria el tiempo en el que supo que podía controlar aquel extraño poder.

Lo reprimió en los primeros años de la pubertad. No lo había hecho por un motivo traumático ni nada de eso, fue simplemente porque no le gustaba ser diferente. Así, desde el día de su décimosexto aniversario no lo volvió a usar. Pero la noche anterior, ese don, venido de quién sabe qué caprichos de la naturaleza, empujaba, desde el sueño, aquella puerta cerrada dentro de ella y pugnaba por hacerse presente. Sus dedos temblaron ante el pavor de cederle el paso a aquella aberración.

Trató de no pensar en ello, fue fácil, ese día tenía cita con Ciro, el jefe del departamento de biología. Este había insistido durante un mes en aquella invitación a cenar. El día anterior Luz había aceptado venciendo su temor a la frustración, compañera muy frecuente de su vida. Le gustaba ese hombretón con cara de niño, parecía tan diferente de los tres con los que trabajaba.

La ilusión por esa cita la llevó a gastar sus ahorros en un vestido nuevo y un enganche para sus lentes de contacto. Tal vez el amor ocuparía el lugar de la soledad.

La tarde de ese día entró por primera vez a un salón de belleza. Pidió que le dieran todos los servicios, desde la punta del pelo hasta la punta de los pies. Salió sin mirarse al espejo, le había nacido el capricho de ver su imagen ya con el vestido nuevo alrededor de su cuerpo. Lo hizo, y las alas del corazón se le apachurraron cuando el espejo le devolvió lo mismo que ella había visto los últimos años: una mujer de mediana edad sin muchos atractivos. Su decepción duró poco: total, él no era ciego, la había invitado conociéndola sin disfraz. Eso corroboraba la idea: "Ciro era diferente".

En el camino al restaurante en el que se habían citado, Luz le fue dando vueltas al asunto: era una mujer inteligente, culta, con una sensibilidad exquisita. ¿Qué más podía pedir alguien como *Ciro*? Se notaba a leguas que él era más persona que la mayoría de los hombres que había conocido. Ese razonamiento le dio seguridad y confianza en sí misma. Cuando llegó iba de buen humor y ánimo ligero.

El la esperaba, un poco nervioso. Lo delataba una cierta torpeza acompañada de un tartamudeo casi imperceptible. La tomó ligeramente del brazo y la llevó a un privado en la parte más profunda del restaurante.

Durante la cena, Luz recorrió una amplia gama de temas interesantes, en un intento estéril por ganar la atención de *Ciro*, el cual, a medida que pasaba el tiempo iba adquiriendo características de pollo: la mirada vagaba por todos lados mientras picoteaba la comida en forma distraída y azarosa. La confianza de Luz fue desmoronándose poco a poco. Una hora después había dejado de existir.

¿Qué estaba pasando ahí? ¿Por qué la había invitado

con tanta insistencia? ¿A quién esperaba tan ansiosamente? La mirada de él viajaba frecuentemente a la puerta de entrada. Luz empezó a impacientarse mientras una irritación crecía lentamente.

Después del postre vino el café. Fue entonces cuando entraron sus tres compañeros de trabajo, quienes se dirigieron con aplomo a su mesa. Llegaron con seguridad, se sentaron, saludaron con una camaradería vulgar a Ciro, como si hubieran sido invitados por él. A Luz la saludaron casi imperceptiblemente. Fueron con rapidez al asunto. ¿Ya le dijiste, mano?, le preguntaron a Ciro, quien movió la cabeza negando. Luz se fijó que Ciro tenía expresión de imbecil. El levantó la cabeza, le dio la cara pero no la mirada, sus ojos tenían más que nunca el aspecto de ave de corral.

Balbuceando, con aquel tartamudeo desesperante, le explicó a Luz el motivo de la invitación: mire, no tengo nada en contra de usted pero... ella es una mujer joven que necesita experiencia... usted puede dedicarse a dar clases... yo vería el modo de compensarle el sueldo... Mina es muy bonita... usted sabe,... tiene miedo, y con razón, a pararse delante de esas bestias como son los alumnos de la facultad... no es tan lista como usted, pero aquí mis compañeros y yo la ayudaríamos y...

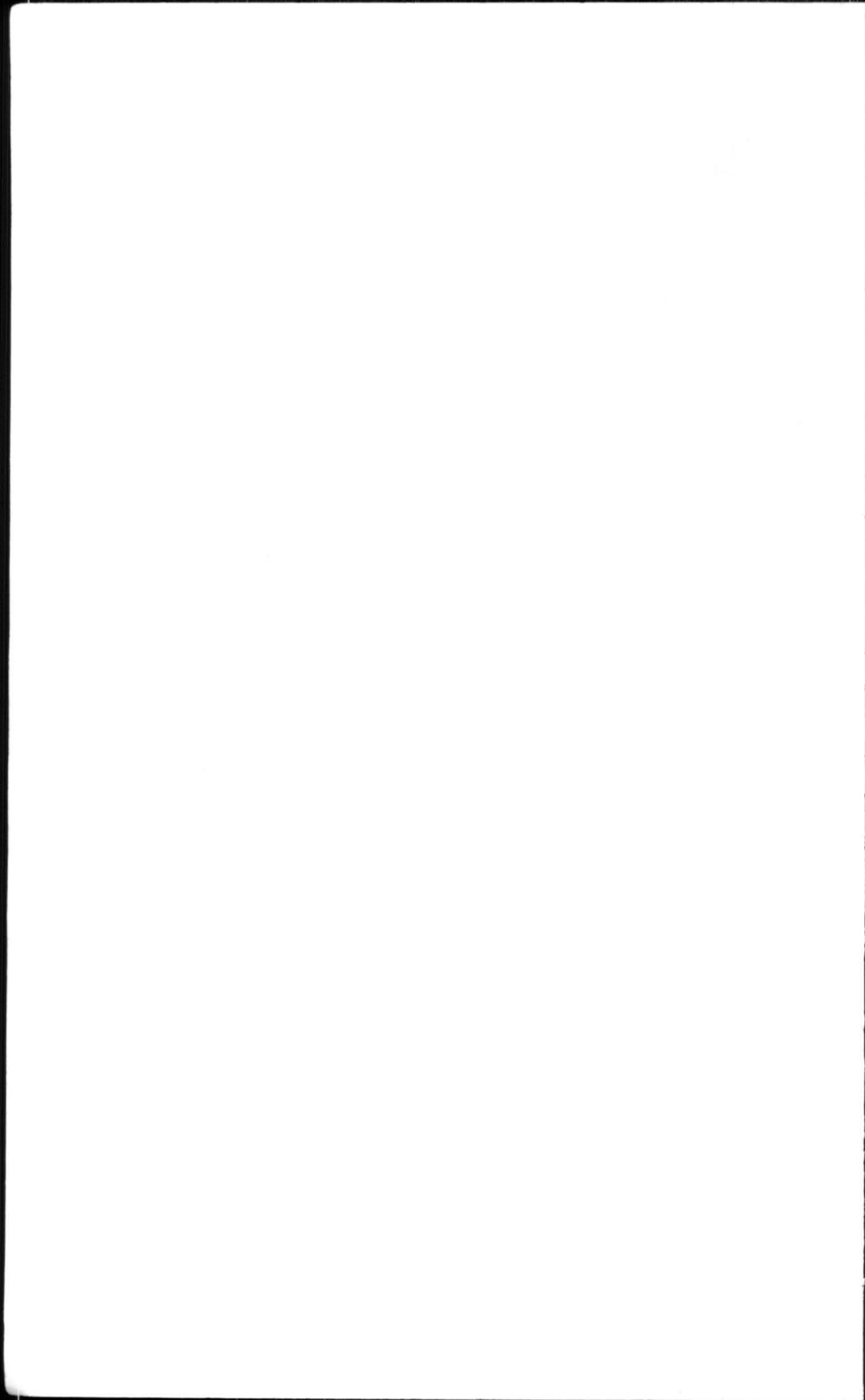
A medida que Ciro hablaba, Luz empezó a ver puntitos amarillos mientras una furia roja la asfixiaba. Entonces se rompió el control que mantenía preso el don.

Una calma enorme se extendió hasta el último rincón del cuerpo de Luz. Luego, voluntariamente, empezó a manipular cada una de sus glándulas: una pizca de LH aquí, un poco de beta-endorfinas por allá, la corteza cerebral es-

timulando el parasimpático para que liberara esa variante de noradrenalina que sólo ella poseía, y el mecanismo estuvo formado, listo para usarse.

Una sonrisa se insinuó en la cara de Luz mientras el aroma de su cuerpo cambiaba. Una de sus manos se extendió hasta la caja de cigarrros de Ciro, sacó uno, lo puso, con un movimiento extraordinariamente sensual, entre sus labios, y cuatro encendedores estuvieron prestos. Levantó los ojos, que ahora tenían un brillo espléndido, los paseó sobre cada una de las caras de los cuatro hombres, mientras con la otra mano acomodó una guedeja de pelo extraordinariamente brillante. Una corriente poderosa fluyó desde ella hasta los cuatro. En ese momento su voz vibró con acentos y registros raros, venidos de las capas más profundas de la memoria de la humanidad, la voz de una hembra en brama: "Explíquemelo mejor, Ciro, creo que no entendí muy bien". Los hombres delante de ella babeaban, las excusas de las cuatro bocas hacían incoherentes las palabras. Sus cuerpos se movían en formas ridículas, cada movimiento estaba encaminado a contener los impulsos de saltar sobre ella para poseerla ahí mismo, sobre el mantel. Miles de años de civilización habían caído.

Delante de aquellos hombres, en los que el animal ganaba terreno, Luz desplegaba, como cola de pavo real, un abanico compuesto de colores, brillos, olores, sonidos y movimientos del más destilado y puro sexo: era el don. Luz lo podía graduar a voluntad, nunca lo había llevado hasta ese extremo. En su adolescencia ni siquiera lo había usado en el segundo grado. Pero ahora, sintió que después de todo, había cosas que podían justificarlo.



A TRAVES DE TUS OJOS

Su esposa y sus hijos no estaban cuando llegó a su casa. Eran las cinco de la tarde. A pesar de la hora se acostó. Durante un rato se revolcó inquieto sobre la colcha. Le dolía el estómago y su familia no llegaba. Decidido a tomar un vaso de leche se levantó y la recámara se transformó en una sala que nunca había visto. Juan Manuel se quedó inmóvil, cerró los ojos un segundo esperando que con ésto desapareciera la visión. Los abrió y ahí estaba todavía la sala. Los muebles eran azules, las paredes blancas estaban iluminadas por la luz del crepúsculo que entraba por una ventana abierta. Podía ver cómo el viento movía las cortinas de gasa y a sus oídos llegaba el sonido de un aparato de televisión. Volteó la cabeza para buscarlo, y se dio cuenta de que a pesar de que había movido su posición de observador, el ángulo de visión no cambió. Moviera para donde moviera los ojos, seguía viendo aquella habitación desde el mismo punto de vista. Trató de acercarse a la ventana pero no pudo. Sabía que estaba caminando pero parecía no salir del mismo lugar. Todo estaba siempre a la misma distancia. De repente la sala pareció girar. Era como si una cámara de cine hubiera hecho una panorámica. Ahora estaba viendo un pasillo, al final había una puerta. Alguien estaba dentro de aquella habitación. Trató de acercarse pero fue lo mismo, no pudo. En ese momento otros sonidos se empalmaron con el del televisor y todo volvió a

la normalidad. Otra vez estaba en su recámara. Las voces de su familia le llegaban desde el comedor.

Sin decir nada fue a consultar al doctor Llamas. Se conocían desde hacía quince años, eran amigos. Después de escucharlo, Llamas le dijo que había confundido el sueño con la realidad. Se burló al verlo tan asustado y le recetó unas tabletas de Valium. Más tranquilo, Juan Manuel regresó a su casa.

Esa noche el Valium le cayó de perlas. Durmió hasta bien entrada la mañana. Trabajó muy tranquilo durante el día. Antes de salir del despacho se tomó media tableta del medicamento. Cuando llegó a su casa estaba un poco eufórico. Todo parecía perfecto hasta que se metió a bañar. De repente lo rodeó una recámara rosa. Sentía el agua tibia caer sobre su piel pero no la escuchaba. En su lugar oía el noticiero de las diez proveniente de la XEW. La recámara se movía como si se paseara por ella. El closet se acercó a él y como por milagro se abrió. Parecía estar parado delante contemplando la ropa y objetos de mujer que había en su interior. Todos los sonidos correspondían a esa habitación, como si en verdad estuviera en ella. La idea le llegó de pronto. Era como si estuviera viendo a través de los ojos de otra persona, como si escuchara por otros oídos. La curiosidad se impuso al horror. Esperó alerta a que algo le revelara la personalidad del poseedor de esos ojos, de esos oídos. Una mano de mujer, como si fuera la suya propia, se extendió hacia el interior del closet. Descolgó un vestido negro y se encaminó al tocador. El espejo se adelantó, la cara de una mujer rubia se reflejó y él tuvo la extraña experiencia de mirarse con cara de mujer. Los ojos de ella eran inexpresivos, sus labios estaban tensos. Unos golpes en la puerta de la recámara le hicieron girar la cabeza. Juan Manuel sintió un vértigo ante el cambio de posición tan rápido. Ella

miraba la puerta, ni siquiera preguntó quien era. La perilla comenzó a girar, primero lentamente, después, rapidísimo. Alguien empujaba desde afuera.

La puerta se alejó lentamente. Ella retrocedía. Los golpes eran tan fuertes que la chapa se desgajaba con cada uno. La pieza había empezado a girar con rapidez. La mujer buscaba algo. La ventana se acercó, las manos de ella la abrieron. El sonido de la calle llegó con más fuerza. Estaba en el segundo piso. En la acera de enfrente palpitaba el anuncio luminoso de una farmacia llamada "La Purísima", estaba semioculta por un eucalipto. En ese momento no había gente en la calle, excepto los automovilistas. Juan Manuel escuchó, como si fuera su voz, la voz de ella. Le gritaba a alguien llamado Pedro. Sus ojos estaban fijos en la farmacia. Era inútil, nadie la escuchaba desde ahí. Renunció al intento y regresó al interior de la pieza. La chapa estaba a punto de ceder. Ella buscaba algo dentro de los cajones del tocador. Entre miles de chucherías propias de mujer, encontró un pequeño desarmador; lo tomó con manos temblorosas.

El sonido de la puerta, por fin abierta, la hizo voltear. Un hombre inmenso estaba parado en el umbral. Su cara reflejaba una rabia inaudita. Con aquellas ropas negras parecía un demonio. Juan Manuel escuchó dentro de su cabeza los sollozos de la mujer. Con voz quebrada suplicó perdón. "Eres una puta", le gritó el individuo mientras la tomaba por el cuello. La zarandeó, Juan Manuel tuvo que cerrar los ojos para evitar el mareo. Todo se movía muy rápido. Los abrió y la cara del hombre, muy cerca, estaba inmóvil, con una sonrisa torcida en los labios. Un chorrito de saliva escurría por una de las comisuras, parecía estar haciendo un esfuerzo. Juan Manuel sintió en los oídos el sonido del mar. La cara del hombre se desvanecía poco a

poco. Todo se ponía negro. Otros toques se escucharon y el sonido del agua, ahora fría, se mezcló con ellos. La voz de su esposa pasó sobre el sonido del mar y, otra vez, su baño alrededor.

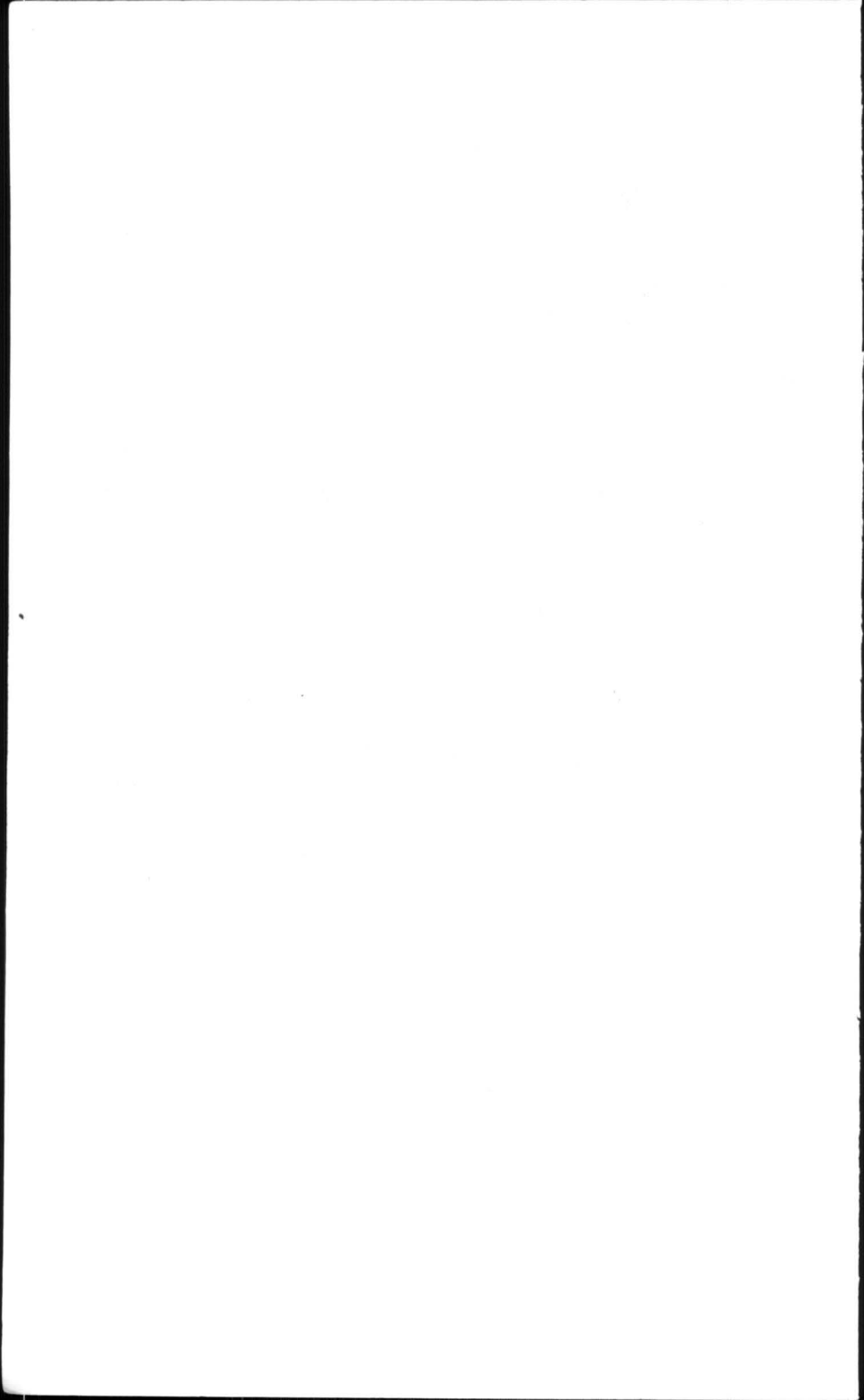
Despierto, entre las cobijas y la madrugada, Juan Manuel repasaba lo ocurrido. La cara de incredulidad de su esposa y la risa posterior lo habían lastimado. Después el miedo a estar enloqueciendo lo había hecho olvidar la última parte de la visión. "Dios mío, la estaba ahorcando", pensó, y se estremeció al pensar: ¿qué hubiera pasado si su esposa no entra al baño? Tal vez sus ojos y sus oídos hubieran experimentado la muerte. No le contaría a nadie más. Decidió averiguar por sí mismo qué le había pasado. Esperaría a que se repitieran las visiones. Si era así, iría a ver a Llamas. Si no, entonces no se volvería a preocupar. Mientras tanto no estaría de más averiguar algo.

Durante varios días buscó en el periódico la noticia de una mujer asesinada. No encontró nada que se pareciera. Cuando ya había decidido no volver a pensar en eso, se acordó de la farmacia "La Purísima". Buscó en el directorio telefónico y ahí estaba el anuncio. Era la única farmacia con ese nombre. Estaba en la calle de Santos Degollado. Se encaminó hacia allá. El asunto ya se le hacía tan lejano que se sintió ridículo cuando dio la vuelta en esa calle. Desde la esquina contempló la farmacia sombreada por el gran eucalipto. Aún no habían prendido el anuncio luminoso. Era la misma. Un espasmo le apretó el estómago mientras dirigía la mirada a la otra acera. Un edificio de departamentos se erguía impenetrable.

Juan Manuel pasó la vista sobre cada una de las ventanas de los departamentos. calculó el punto desde donde se pudiera ver la farmacia, como aquella noche. Una ventana abierta le mostró las cortinas de gasa.

Entró y le preguntó al dependiente por un hombre con las señas del de aquella noche. Le dijo que lo buscaba por cosas de trabajo. Que desgraciadamente no sabía su nombre ni su dirección; pero que alguien le había dicho que vivía en el edificio. El tipo de la farmacia puso cara de circunstancias. El hombre que buscaba había muerto hacía unos días. Se cayó de la ventana de su recámara. Estaba muy borracho. Dijo la esposa que ese día, su marido estaba tan fuera de sí, que perdió el equilibrio cuando trataba de atornillar una ventana. La voz del muchacho de la farmacia se hizo morbosa. Fíjese que al momento de caer, se clavó el desarmador en un ojo. Después se compadeció de la pobre güera, viviendo sola en ese departamento. Juan Manuel ya no quiso saber nada, se despidió. En la puerta la encontró. Se miraron un segundo, después, Juan Manuel pasó a su lado con una pequeña inclinación de cabeza. Se fue rumbo a su casa. En el camino iba temblando. Estuvo a punto de ver el crimen, aunque no el que se imaginara. Se daba cuenta de que su experiencia había sido real. Reflexionaba acerca de las cosas en el universo que no están explicadas. Poco a poco se tranquilizó. Solo le quedaba olvidar aquéllo.

Llegó a su casa, ya sentado dentro de su estudio prendió un cigarro y el estudio desapareció. Ahora estaba viendo la calle, delante estaba su propia casa situada en la otra acera...



UNAS VIEJAS PELICULAS

La noticia de que nos juntábamos ese domingo se fue regando como agua, y ya para las siete de la noche estábamos todos. Entramos en un estado de euforia a medida que pasó la noche, las bromas iban y venían como pelotas. Las señoras y las muchachas se multiplicaron preparando cosas de comer, los hombres nos organizamos para ir a traer refrescos, jamón y quesos. Guille y Coqui tomaron posesión del tocadiscos, escogieron los discos que unían los recuerdos del grupo y los fueron poniendo casi en orden cronológico: primero el cha-cha-chá, ritmo que hizo dar unos pasillos de baile a doña Luisita, luego vino el Rock & Roll (el de Billy Halley), con ese nos prendimos los que compartíamos la edad. Cuando ya empezábamos a corear las canciones que cantaban César Costa y Enrique Guzmán, alguien dijo que porqué no sacaban las películas viejas, esas que se habían ido filmando las fechas de Navidad, cumpleaños y días de campo, en las que siempre había estado, año tras año, el grupo.

Las películas eran propiedad de la familia de Beto Calles. Se hizo de rogar el Beto, su mamá no dijo nada, pero Beto nos explicó que si su papá llegaba a la casa y se daba cuenta de que las películas y el aparato de cine no estaban, él y su mamá se las iban a ver negras. No nos importaron sus argumentos y le exigimos que fuera por ellas. No resis-

tió mucho, él también las quería ver, y, en menos tiempo de lo que dura un disco, ya las estábamos instalando en el aparato. La pared fue la pantalla.

Las pusimos por orden. La primera estaba maltratadísima, ahí los jóvenes éramos niños y los adultos jóvenes. La película era muda y estaba tomada a trozos. En la primera parte se habían tomado escenas de un día de campo. Los vestidos, los peinados, las timideces, las poses ingenuas, la inexperiencia del camarógrafo provocaron en el grupo tan grandes carcajadas que casi todos lloramos de risa.

Fue Luisita la que casi a gritos nos hizo notar que ahí aparecían Margarita, la hermana de Beto, y Fernando. Acallamos un momento el borlote para fijarnos en ellos. Creo que todos vivimos un momento de nostalgia al verlos en la pared, moviéndose como si estuvieran presentes. Regresamos la película para poder contemplarlos mejor, y doña Rebeca, la mamá de los Ríos, nos dijo que ella se acordaba bien clarito del día que encontramos a Margarito con la cabeza rota, nos recordó que doña Toña hasta regañó al cadáver diciéndole que no tenía permiso de subirse a la azotea. Claro, eso fue porque no lo podía creer. Beto quiso cambiar de plática porque se nos estaba acabando el ambiente. Pero Luisita se empeñó en recordarnos el día que Fernando se ahogó en el estanque de la huerta de los gemelos. El papá de Fernando, a pesar de que habían pasado ya más de catorce años, se lamentó por haberlo dejado que se separara del grupo ese día. Nos quedamos callados un ratito, pero como casi todos queríamos olvidar esas cosas y volver al relajo continuamos con la película. Poco a poco volvió la euforia, empezaron las burlas de unos a otros: que qué flaco estabas; que qué pantalones tan "guangotes"; mira, te querías lucir; fíjate, fíjate si tu mamá

se veía bonita, ¡ay!, ¡quiten eso!; ¡qué gorda estaba!; que quién es el señor de la chamarra de cuadros.

La película continuó en una navidad que pasamos juntos todos los del grupo, en esa sí que casi todos estuvimos muy payasos, nos reímos más y hasta la pasamos en cámara rápida y al revés. El choteo seguía en grande. En esa parte Licha como que se enojó cuando Pedro le dijo que tenía las trenzotas más largas que el vestido, y todavía, a pesar de verla enojada, le dijo que si el señor de la chamarra no le hubiera quitado de encima a Fernando, el pobre de Fer se hubiera estrangulado con ellas. El ambiente como que se quiso agüitar porque alguien se acordó que esa fue la última navidad que Fernando pasó en esta vida. Pero algunos no hicimos caso y seguimos vacilando, el grupo se contagió otra vez de buen ambiente y seguimos viendo la película reventados de risa.

La última parte de la cinta estaba muy rayada, había muchas escenas locas, de ésas que se toman en cualquier momento y en cualquier lugar. Estaba la calle con algunos de nosotros en bicicleta. Después la cámara tomaba la azotea de la casa del Beto, con su tinaco, y los pretilos altísimos que no permitían ver la calle, por eso la casa del Beto, a pesar de ser de un solo piso se ve como de dos. Casi al fondo se veían los tendedores, un poco detrás del hombre que parecía estar arreglando alguna gotera. En esa parte le tocó al Beto sufrir el choteo. La ropa interior estaba colgada en los mecates y, casi a coro, tratamos de identificar los calzones del papá. Me acuerdo que yo hasta pegaba con la mano en el suelo de la pura risa.

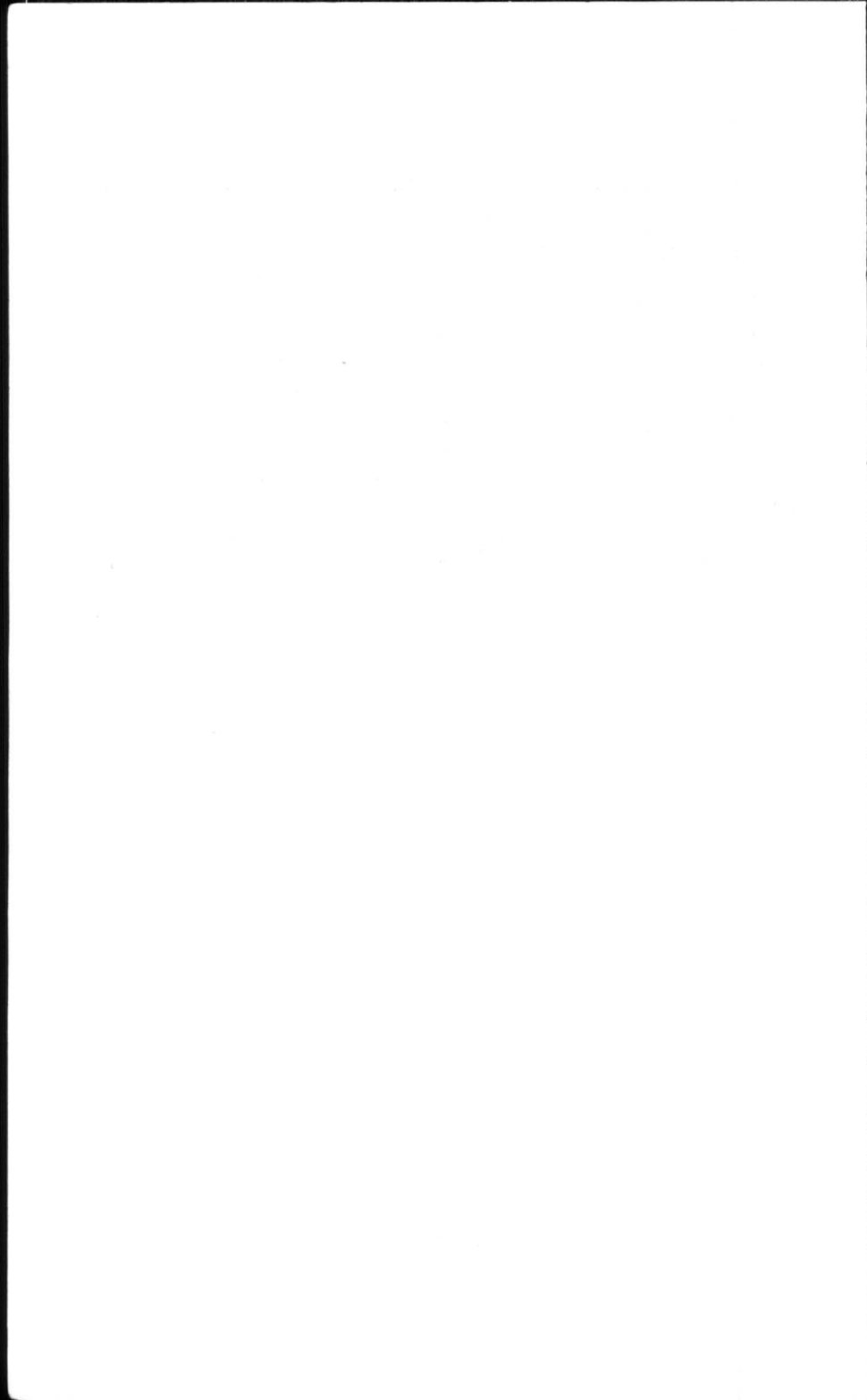
Cuando acabó la primera película, pusimos la otra que empezaba en la fiesta de cumpleaños de Chayito, la solterona del barrio. Luego luego que la vimos entrar en escena

nos acordamos de todo lo que le inventamos, después de que se desapareció: que si se había ido con un soldado, que si con un casado. Lo de que se había ido de monja fue la versión que más duró. Y otra vez empezó el rebane. Ahí ya estábamos más grandes, en la película ya se notaban los amores y relaciones entre el grupo. Aquí, Pedro detrás de Licha; allá, Lupita comiéndose las uñas; en otra escena; y detrás de Marilú.

Los comentarios ahora eran más picudos: que si el doctor Larios andaba cuete, que si el señor Ríos se andaba peleando con su esposa, que si Chayito —ahí festejamos más— le traía ganas al señor de la chamarra. En ese momento se empalmaron las voces de varios de nosotros: ¿quién es el señor de la chamarra? Nos fijamos mejor en el hombre y hasta regresamos la película porque nadie se acordaba de él. La escena empezaba presentando la mesa del comedor, la cámara se acercaba al pastel después se alejaba y nos tomaba a todos en pequeños grupos, bromeando y hablando. Al fondo se veía la puerta de la cocina, de ahí brotó el tipo de la chamarra, sinuosamente, muy pegado a la pared. Se quedó parado cerca del trinchador. Nadie lo saludó, nadie habló con él en el tiempo que duró la toma, parecía una estatua de tan quieto. La película terminó. Poco a poco nos habíamos ido quedando callados. Cuando prendimos la luz, después de que apagamos el proyector, ya muy serios, nos empezamos a interrogar unos a otros que quién era el tipo. Todos juramos que nunca lo habíamos visto. Un aire de extrañeza se esparció en la sala. ¿Cómo era posible que nadie lo conociera si estaba en casi todas las películas? Pero no, nadie se acordaba de él. El Be-to propuso que las películas se volvieran a pasar para verlo bien.

El hombre estaba en ellas desde la primera toma. En

la del día de campo había estado parado cerca de un árbol, nadie habló con él. En la secuencia de la navidad también estaba. Y, a excepción del momento cuando separó a Fernando de Licha, tampoco entró en contacto con nadie. En la última parte de esa cinta, en la toma de la azotea de la casa del Beto, alguien llamó la atención sobre el hombre que arreglaba la gotera: era él. Pasamos otra vez las películas, ahora sí, francamente desconcertados. Queríamos verle la cara. Parábamos la película cada vez que el individuo quedaba en foco. La cara se veía siempre borrosa, sólo sus ojos se distinguían perfectamente bien. Un escalofrío corrió por la sala cuando nos dimos cuenta que esos ojos habían estado siguiendo a Margarita en la primera secuencia; en la segunda, a Fernando; y en la última a Chayito.



ELENA

La tarde que enterraron a Elena estaba soleada. De la tumba se desprendía una humedad caliente. Parecía abrazar al cadáver en gesto de bienvenida. Toda la familia estaba presente. Elena los había separado, su muerte los reunía otra vez.

Uno por uno pasaron frente al ataúd abierto. Miraron con voracidad el rostro. Humberto temió que su propia cara expresara eso que alteraba los rostros de los demás. ¿Qué era?, se preguntó, ¿tristeza?, ¿rabia?, ¿alivio?... ¿era eso?, ¿por eso habían venido?, ¿para cerciorarse de que estaba muerta? Una emoción desconocida lo tomó por el cuello. El no, ella había sido su gemela. Un resto de lealtad prevalecía en su pecho. Nadie había vivido aquello. Ellos no podían saber cuánto de él mismo enterraban con Elena.

Aún podía recordar los primeros libros de historia que leyó. Elena se los había sugerido. Después los de literatura, filosofía, química, física y tantos otros. Aquellos oficios, tan ajenos a su sexo, que a petición de ella practicó, aun lo sonrojaban. Durante su niñez el dominio de Elena le fue natural. Había largos períodos en los que ella se separaba de él. No era tan difícil sobrellevarla. Pero a medida que pasaron los años, el tiempo de ausencia se acortó. En los últimos meses casi ninguna de sus acciones escapaba a la vigilancia.

Cuando conoció a Teresa estaba solo. Ese día Elena tenía fiebre y dormía. Conversó con su vecina largo rato, en un solaz desconocido. Pero su gemela despertó. Entonces la sintió abrumadora por primera vez.

En un principio, Teresa fue para Elena motivo de curiosidad. Después, una rabia sorda la poseyó. Ya no hubo tranquilidad para Humberto. Ni por las noches descansaba en paz. Elena lo perseguía, lo interrogaba incisivamente, lo insultaba. Todos los sentidos de él estaban alertas. Vigilaba el sueño de ella como algo vital. Esos momentos eran para Teresa.

Supo cuánto le pesaba la clandestinidad, cuando imaginó a Elena muerta. Desde entonces, el remordimiento fue su compañero. Un descuido y ella lo sabría. La sentía urgar en su mente. Elena buscaba, presentía. Humberto se había defendido con cuanto truco se le ocurrió. Sin embargo, el poder de ella, cada día en aumento, iba desbaratando las barreras. Lo peor era que ahora ordenaba. Y él había empezado a obedecer. Elena murió la noche del día en que le ordenó matar.

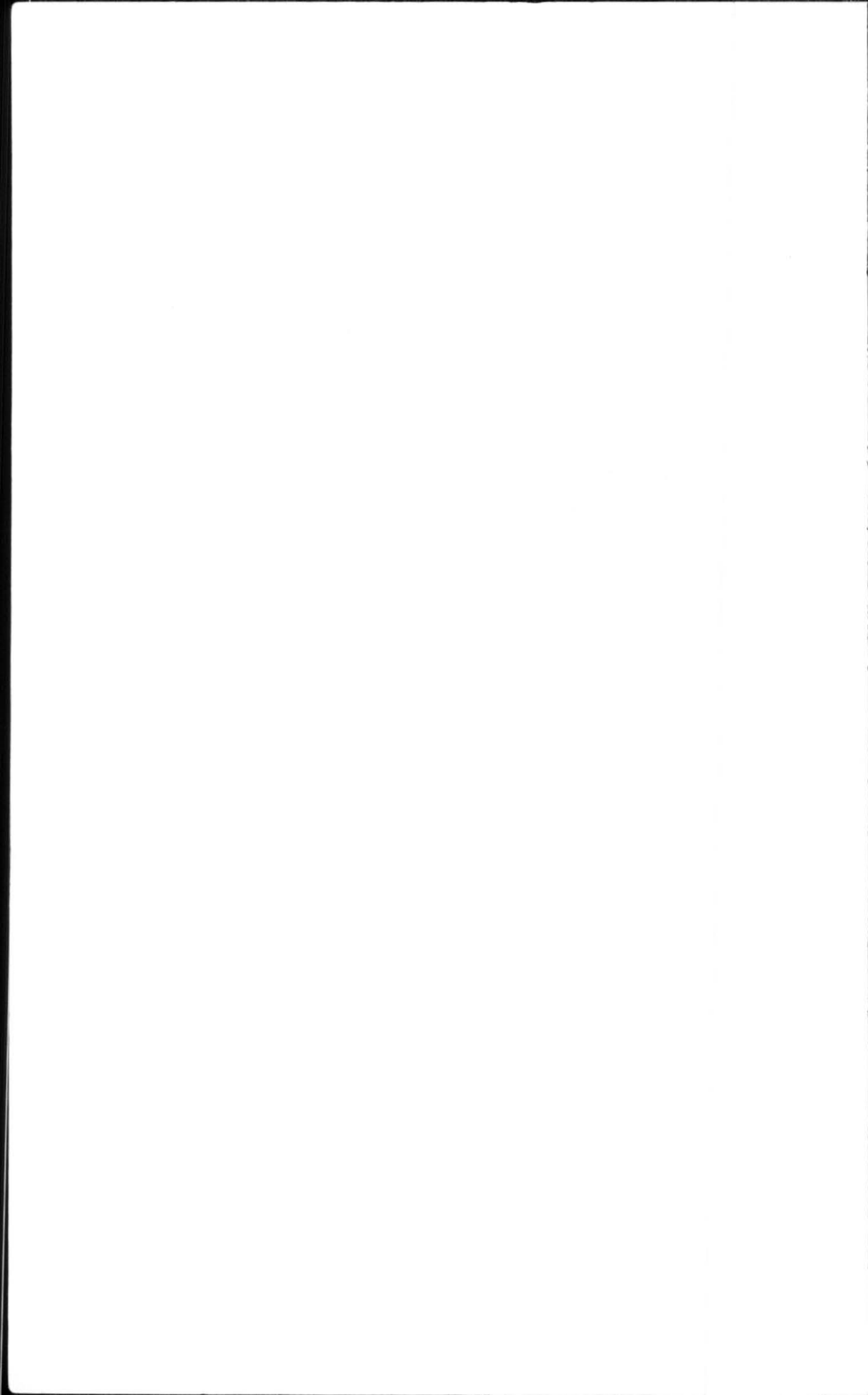
Desde lejos, Humberto vio a su familia salir del cementerio. Sostenían, a la madre como el viento a una hoja. Los flacos hombros cubiertos con el chal negro, parecían desamparados. Humberto sabía cuánta fuerza ocultaba aquel aspecto.

Quiso caminar de regreso a su casa. Los árboles parecían saludarlo. Las nubes nadaban lentas en el cielo. En su mente se hospedaba el silencio. Por fin solo, pensó, al tiempo que oyó la voz de Elena preguntando "¿la mataste, Be-to?".

No supo cómo llegó a la sacristía de San Angel. El pa-

dre Román lo escuchó atónito. Después, Humberto oyó las palabras del sacerdote como entre algodones. Nadie tuvo la culpa de que Elena hubiera nacido después de él, de que le hubiera faltado oxígeno en el cerebro. Fue desde el principio como un vegetal. Su imaginación le había jugado malas pasadas. Nadie podía leer los pensamientos de los demás. La sonrisa del padre era irónica, y menos alguien con el cerebro muerto. Debía olvidar aquéllo, con una psicoterapia tal vez.

Salió temblando de la iglesia. Tenía que ver a Teresa. Quizá estuviera en su casa. Dios Santo, haz que esté sola, tengo que advertirle... Elena quiere que yo... tengo que encontrarla, voy a obligarla, como sea, a dejar a Humberto. Ella no es mujer para él...



CARMEN CERINO

Las cinco campanadas con que el reloj cantó la hora, tuvieron un eco en los golpes dados sobre la puerta. Elsa acudió al llamado, recorrió el cerrojo, abrió, y el rostro de la mujer pareció ocupar todo el espacio. Era una cara en la que todas las carencias se habían cebado. Se contemplaron en silencio. La voz inexpresiva de la visitante quebró el mutismo: "Soy Carmen Cerino ¿te acuerdas de mí?"

Así, esa tarde de mayo, Carmen emergió del pasado. Había salido de aquella fiesta de hacía veinte años, vino del salón de clases donde por caridad estudió unos meses, del día en que la vio esconderse entre las faldas de una mendiga, ante la puerta de esa misma casa. La compasión estalló dentro de Elsa y otra vez: la fiesta con todos los desaires a Carmen; de nuevo la lucha estéril por incorporarla al grupo; y una vez más, una cara de niña, chorreada y fea, perdiéndose bajo los recuerdos poderosos de años felices.

No fueron a la sala, Carmen podría sentirse incómoda. A la cocina... ¿Qué te pasa Elsa? tú no eres como nuestras condiscípulas: "Vamos al comedor, Carmen, es más cómodo". Qué iba a ser cómodo el comedor, la mesa larguísima más parecía una autopista gringa que un lugar para comer, las sillas altas y austeras, daban la impresión de haber salido de un monasterio cartujo, esperando ahí para tor-

turar al comensal, con sus cojines durísimos y sus crueles aristas. Todo en medio de vitrinas repletas de loza completamente ajena a su función original. Ese comedor había sido motivo de orgullo para toda la familia. Cuando lo heredó, después de su boda, lo había pulido diariamente, lo había lucido, con él había impresionado al círculo selecto en el que se movía. Y ahora, la presencia de Carmen Cerino lo había transformado. Pasó por su mente la idea de ofrecerle una taza de café, digerido por la cafetera traída del país conocido como "La Bestia de Oro". Se imaginó cómo se vería la pequeña tacita de porcelana, venida de allende el mar, en aquellas manos morenas, quizá torpes, y cambió de opinión: mejor nada, ya si la otra pedía algo, sería diferente.

Una inmovilidad de piedra, unos ojos opacos con iris grandes en los que era imposible distinguir la esclerótica y el pergamino de piel morena constituían la personalidad de Carmen. Elsa tomó asiento frente a ella esperando las primeras palabras, porque en su mente se había instalado el vacío. Ese lapso cara a cara lo rompió la mano de Carmen extendiéndole un ramito de flores blancas. La sorpresa sacó a Elsa del vacío y la introdujo en aquel universo de pétalos extraños, carnosos, con un olor dulzón que la mareó. Lo tomó entre sus dedos y una sensación desagradable corrió desde ellos hasta la garganta. Con la intención de disimular el disgusto, tomó un florerito, fue a buscar agua y dejó el regalo en la cocina.

Las visitas de Carmen, con puntualidad implacable, deshicieron, con lentitud y seguridad, la tranquilidad de Elsa. La lucha por lograr una comunicación, sólo había arrancado algunos relatos entrecortados de Carmen sobre: curanderos, brujos y hechicería, tal vez pensó que eso le interesaba a Elsa.

En los primeros días, esos relatos fueron para Elsa un

puede fácil, que de alguna manera, la protegía de un acercamiento a esa otra realidad, presentida pero incomprendible desde esa casa en la que nada faltaba.

Del cuarto día en adelante, las narraciones balbuceantes de aquella mujer empezaron, como pequeños calambres, a tomar perfiles posibles en la mente de Elsa. ¡Ah!, y el desagrado infinito de ver diariamente el cuerpo de Carmen, con su falda enorme, medio desaparecer dentro de la cuna donde dormía Elvira. Después de la visita bañaba a la niña, más por borrar el beso de Carmen que por necesidad de limpieza.

Por las noches, entre los brazos de Ernesto, hablaba de Carmen, pero algo desconocido le impedía contarle a su esposo: los temas hablados, los ramitos de flores, el beso a la niña y aquella repugnancia creciente a la que el primer golpe en la puerta enardecía. En cambio, hablaba de compasión, de solidaridad, incluso, de simpatía.

Ocho ramitos de flores daban fe de la presencia de Carmen. Era el noveno día. Elsa vigilaba el corte de luz y sombra, producto de la lucha del sol contra los muros. Lo veía arrastrarse por el suelo y trepar por la pared mientras, frente adentro, un murmullo repetía como estribillo unas palabras de Carmen, caídas como al azar quién sabe cuándo: "al noveno día, el espíritu se queda". La decisión de no abrir la puerta a Carmen se afirmaba a medida que la tarde avanzaba. Las cinco de la tarde y el primer golpe en la puerta, sacudieron los nervios de Elsa acelerándole el corazón. Se refugió en la parte más profunda de la casa tapándose los oídos, pero hasta ahí la alcanzaron los toques, dados con terquedad insólita. A las seis, Elsa estuvo a punto de abrir, su resistencia se había ido quebrando con cada golpe. A la mitad del patio, el llanto de su hija la detuvo.

Fue hasta ella, la tomó en sus brazos y la imagen de Carmen hundiéndose en la cuna dejando fuera sólo parte de su falda desgarrada, fortaleció la voluntad de no abrir.

El llamado de Carmen cesó a las siete. El silencio se esparció en la casa y un solaz conquistó el espíritu de Elsa: "Gracias a Dios, estoy salvada". Cuando llegara Ernesto, le diría que Carmen ya no había venido o que había hablado por teléfono diciendo que se iba de la ciudad, cualquier cosa. Lo importante era saber que la serie de nueve se había roto, y aunque sólo fueran fantasías, ya no tendría delante el rostro de Carmen, con su pobreza, su desamparo, su existencia detrás de ese cristal, a través del cual, otra dimensión incomprensible le distorsionaba el mundo propio.

La voz de Ernesto llamándola, despertó a Elsa a las diez de la noche. En medio de la modorra no entendió lo que decía, las palabras venían de lejos, desde la puerta de la calle. Poco a poco se aclararon, tomaron sentido y la paralizaron: "¡Elsa, ven a ver quién te está esperando".

EL CHAMUCO Y OTROS MENESTERES

“Tongolele” luchaba por avanzar sobre la brecha polvosa. Rugía, se tambaleaba, rompía la noche con dos filos de luz. Sobre su lomo, veinte personas con el cutis apelmazado de sudor y tierra cantaban con voz desafinada “. . . y al que no le guste el vino será un animal, será un animal. . .” Las gentes del barrio volvían de un día de campo. Dos descomposturas en el intestino de “Tongolele” habían retrasado el regreso a la ciudad. Eran las cuatro de la mañana, La Tata sentía que rodaban entre las tinieblas de la eternidad. Su vejiga estaba tan llena como una ubre de vaca sin ordeñar. Rezaba sin mover los labios. Una vez más su maldita timidez la condenaba al sufrimiento. Qué infierno, Virgen santa. Lalo venía al fondo, no lo distinguía muy bien pero temía y deseaba que él estuviera mirándola. Todo el día ella había posado para él. Corrió entre las margaritas un poco como en cámara lenta. Nadó algunos metros al estilo de Esther Williams. Y comió sus tortas de perfil con la esperanza de que él descubriera su nariz respingada y las pestañas largas y rizadas. No podía pedir que pararan el camión “porque La Tata tiene ganas de hacer pis”, primero muerta. ¿Y si la vejiga se le reventaba? ¡Qué horrible imagen! “Esta chica ha muerto de una hemorragia de orines” pensamientos tan torturantes fueron interrumpidos por el grito de su primo Ramón: “vamos a

cortar flores". El camión se paró y La Tata suspiró con alivio.

Los hombres bajaron con rapidez y se perdieron en la negrura. A las mujeres les tocaba del otro lado del camino, no fuera a ser que ellos las vieran. Sólo La Tata y Luisita tenían ganas. Con trabajos y ayuda de sus compañeros se posaron en el suelo. Se tomaron del brazo y caminaron veinticinco metros alejándose de "Tongolele". A Luisita le pareció bien esa distancia pero a La Tata se le hizo todavía muy cerca, sentía muy próxima la presencia de Lalo. Otros veinte metros y Luisita dijo que ya no aguantaba. Se acullillaron en la oscuridad y soltaron los esfínteres. A la mitad del chorro placentero el destello de varias lucitas rojas casi las hizo irse de boca. Las pupilas se les habían dilatado un poco y pudieron distinguir, vagamente, unas figuras con sombrero ancho, sentadas alrededor, fumando. Hubieran querido levantarse de ahí e irse corriendo por el monte, pero, a la mitad del menester no pudieron. Terminaron en medio del silencio discreto de los campesinos. La Tata supuso que tenían las pupilas completamente dilatadas. Ellos veían casi como si fuera de día, se dijo amargamente, mientras volvían al camión.

Emprendieron el camino una vez más. Si supieran, pensaba oyéndolos cantar. A la mitad de una canción escuchó con horror la voz de Luisita. "Déjenme platicarles lo que nos pasó" La Tata deseó que le cayera un rayo, que el camión chocara, que ocurriera una catástrofe que le callara la maldita boca a la estúpida de Luisita. Pero, inexorable como el destino, Luisita narró lo ocurrido hasta el último detalle. Cuando terminó, La Tata dio por terminada su vida sentimental.

Quince minutos después "Tongolele" se estremeció

agónico. Avanzó unos metros y se plantó en la vereda. Los más entendidos en mecánica evaluaron el daño y declararon clínicamente muerto al vehículo.

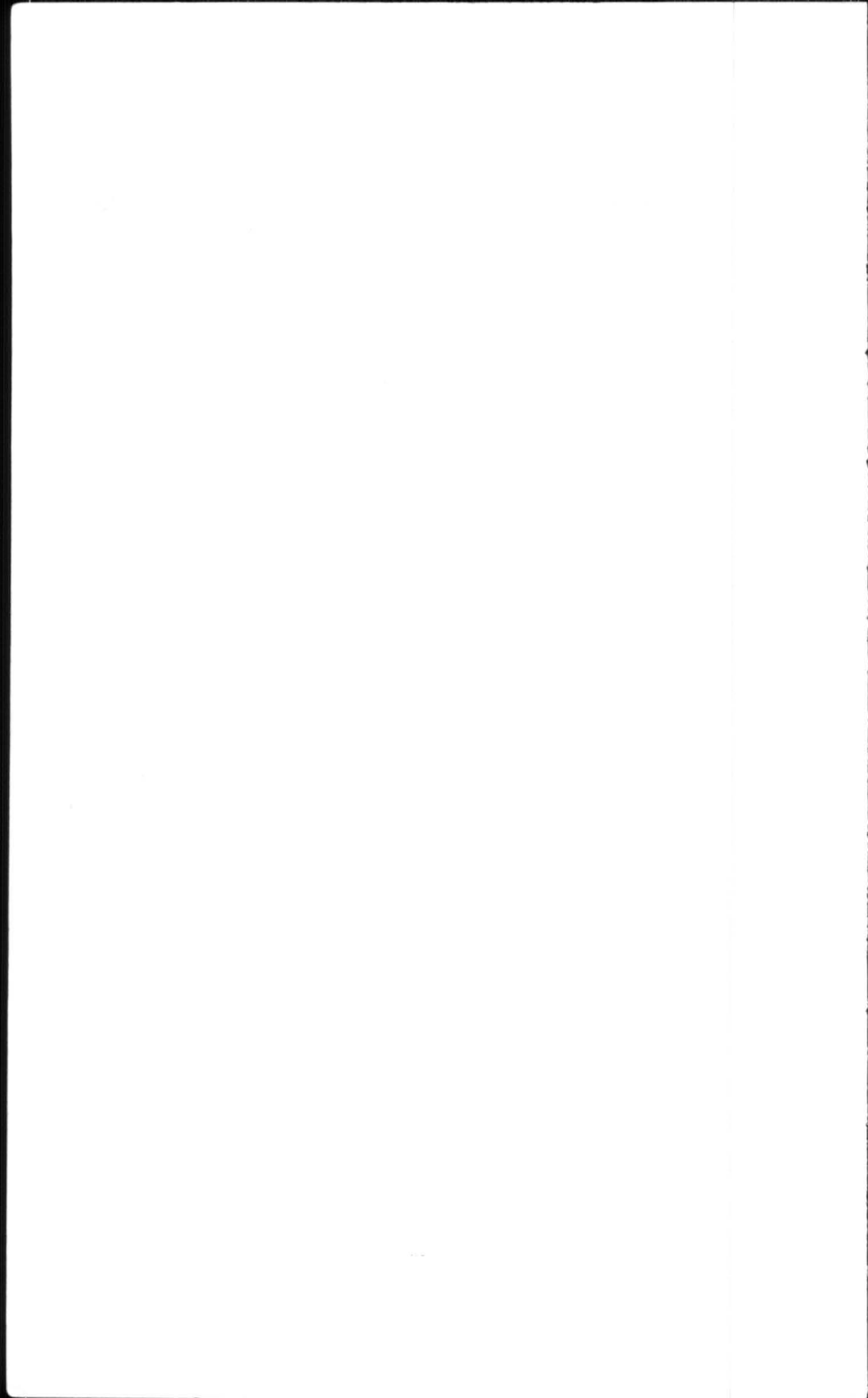
Dos vecinos fueron en busca de ayuda. El resto del grupo entró en un estado de euforia motivado por aquella circunstancia fuera de lo común. Pocas aventuras tenían en la vida, ésta la iban a disfrutar. Hombres, mujeres y niños bajaron del camión, se diseminaron por los alrededores en busca de leña para una hoguera. Las guitarras quebraron el silencio y el resto de cordura que aún conservaba La Tata.

No quiso que las llamas de la hoguera la iluminaran, se alejó rumbo a los magueyes y se sentó detrás de uno. Ahí barajó dos posibilidades para el futuro: el suicidio o el convento, no veía otro camino. Tantos años enamorada de Lalo, desde la infancia, siempre esperando que la descubriera. Esa tarde había visto, por primera vez, un destello diferente en sus ojos. Todo para nada, la indiscreción de Luisita había hecho garras su imagen. A las heroínas de las novelas les pasaban cosas trágicas, divertidas, graciosas, situaciones conmovedoras por las que los galanes las amaban hasta la locura. Pero el ridículo no era perdonable, eso sólo provocaba risa, desprecio, lástima. Las lágrimas escurrían por sus mejillas, dejaban una huella más clara sobre la tierra del camino atrapada por su piel.

Sus ojos buscaron a Lalo entre la gente alrededor de la hoguera. No lo encontró. Sorprendida se puso de pie, miró para todos lados y lo encontró parado a un metro de ella. Se miraron largo rato sin decir palabra. La mente de La Tata estaba en blanco, la garganta contraída. Lo vio ahí, con la cara borrosa de oscuridad, y le pareció irreal. Habían jugado a la roña, a las escondidas, a la pelota;

habían cantado las mismas canciones, querido a las mismas personas, pero siempre en grupo, nunca a solas, como en ese momento. Tuvo el impulso de huir pero se contuvo. Cuando le pareció que el tiempo de silencio se hacía infinito, Lalo se acercó y le puso una mano en la garganta. La invadió el calor de aquel cuerpo de olor masculino, miró los enormes ojos cafés, afiebrados de deseo, y una punzada en los riñones le mandó una ola de placer a todo el cuerpo. Se alejaron de la hoguera, por entre los magueyes. Se tendieron en una sanja mientras intercambiaban besos. Las caricias de él, audaces, ardientes, apretadas tocaron un timbre de alarma en la cabeza de La Tata. En un segundo su mente se enfrió. ¿Qué le pasaba a Lalo? ¿Por qué ese interés tan repentino? Esa conducta no correspondía a su carácter, parecía un loco de mirada vidriosa y respiración jadeante. El, tan tímido, tan susceptible, tan puritano, desabrochaba la hebilla del pantalón olvidándose de todo. Parecía otro. Lo empujó para detenerlo pero él, ciego de pasión, apretó el abrazo. La Tata se defendió con suavidad hasta que se dio cuenta de que aquello era un intento de violación. Muchos pensamientos la golpearon en ese instante. No podía gritar, todos se darían cuenta. Iban a pensar que ella lo había provocado. Esto podría acabar con la amistad entre las familias. Todos esos años de cariño se irían a la basura por la tontería de Lalo. Se defendió con más energía, enojada pero temerosa de ofenderlo, era el amor de su vida. El ganaba terreno, cada momento la lucha era más cruenta. Trató de razonar con él y con voz queda le dijo: “suéltame, se van a dar cuenta”, pero Lalo parecía sordo, ya la estaba lastimando. El miedo sustituyó al enojo cuando se dio cuenta que él era mucho más fuerte. Lo amenazó con gritar pero fue inútil. El sonido que hizo su ropa interior al desgarrarse la impulsó a golpearle la cara. Una expresión extraña deformó el rostro del amor de su vida. Se detuvo y la miró un instante antes de rom-

perle la boca de un puñetazo. Ella sintió el sabor de la sangre y la sensación de irrealidad se hizo insoportable. Desde lejos, como de otra dimensión, llegó la voz de su madre, la buscaba. En décimas de segundo inventó mil pretextos para justificar la boca rota, el vestido sucio, el pelo desordenado, la tierra pero no tuvo oportunidad de responder. La mano de Lalo le tapó la boca. Escuchó su voz pegada al oído: "quédate quieta si no quieres más golpes". Con esfuerzo se relajó y esperó. El retiró la mano y trató de besarle los labios pero ella volvió la cabeza hacia un lado mientras preguntaba: "¿Por qué haces ésto?" La respuesta de Lalo la introdujo en un mundo distinto, uno en el que las sensaciones casi son las mismas, en el que los sentimientos casi se parecen; un mundo ligeramente torcido en donde las situaciones ridículas tienen significados extraños. Universo de olores y colores dulces, equívocos, nauseabundos, irresistibles.



SOBRE LA ESPUMA DEL MAR

Desalentado, Juan se desmadejó sobre un sillón como un suéter que se cae. Se empeñaba en pintar marinas a pesar de que nunca había visto el mar. Desperdigados en el estudio, otros cuadros eran las pruebas de su talento como pintor hiperrealista. Qué bien estaba quedando el desnudo de Teresa. El cuadro, a medio terminar, le trajo el recuerdo de aquella mañana, dos meses antes, en que la primera marina había salido de sus manos como escritura automática. Ni siquiera se había dado cuenta qué estaba pintando hasta que terminó. Era tan horrible que lo cubrió con una sábana antes de que Teresa llegara. Intentó continuar con el retrato y no pudo. Sentía una inquietud desconocida que sólo terminó cuando Teresa se fue y tuvo bajo sus pinceles otro lienzo en blanco.

La idea de ir a pintar a la costa le repugnaba. Era absurdo reforzar la obsesión. Preferible abstenerse de pintar y aumentó las horas fuera del estudio. Pero eso fue peor. Pintaba en la noche, cosa que nunca había hecho. Durante el día, dibujaba en cualquier lugar: servilletas de papel, delante de los amigos; hojas de papel, en la casa de Amparo; en la tierra suelta del parque. El mar, siempre el mar llenándolo de angustia, inundando su mente con la idea de la locura.

Necesitaba otro lugar, sin lienzos, sin pinceles, donde

la tranquilidad le permitiera librarse de la obsesión. El problema era encontrarlo. Diez años en la profesión lo habían aprisionado en universo cerrado: sus amigos, pintores; sus mujeres, modelos; los espacios en los que se movía, salas de arte y cafés de artistas. Sólo quedaba un sitio, pero a ése, Juan lo había relegado al rincón más profundo de su mente.

El día que empezó a comprar marinas sintió que ya era demasiado. Hizo su equipaje, tomó un taxi porque después de tantos años de no ir a la casa de sus padres, temió perderse: la ciudad había cambiado mucho. Solo por las pocas llamadas telefónicas que les había hecho, sabía que aún vivían ahí.

Su madre le abrió la puerta. Con voz indiferente le dijo que pasara. Dentro nada había cambiado. En la sala estaba su padre, sentado en el mismo sillón azul, como la tarde en que Juan se fue. Lo saludó sin sorpresa, sin expresión. Se sentó y el mutismo lo apretó contra el sofá. Después de varios minutos, les pidió permiso de pasar unos días en esa casa. Le contestaron que sí, sin decir más. Balbuceó una excusa al tiempo que seguía a su madre hasta la habitación de su infancia. Ella le llevó ropa de cama limpia y se retiró.

La recámara estaba igual. Las camas gemelas tenían puestas, todavía, las colchas azules. En el escritorio se mezclaban sus libros con los de Enrique. En el restirador, encontró hojas y lápices de dibujo. Parecían estar en el mismo lugar de diez años antes, sin embargo limpios de tierra. Rodó la mirada por la habitación buscando los retratos. Estaban todos menos los de su hermano.

Esa noche durmió de un tirón y sin soñar, por primera vez en meses. Al otro día, muy temprano, bajó a desayunar.

En la cocina había una penumbra de plomo. Sus padres no estaban. Supuso que no habían desayunado y cocinó para tres. Cuando estaba poniendo los platos en la mesa, recordó que su madre no comía jamás sino lo que preparaba ella misma. Dios santo, cuántas cosas olvidadas. Tiró la tercera parte de los alimentos. ¡Maldición!, Dejó precipitadamente los trastes y corrió al baño. La toalla, el jabón, el estropajo. Dios mío, van a llegar. ¿Dónde está la escoba? La prisa le entorpecía los movimientos. Bajó y subió con la jerga, las tinas, la escoba. Rápido, ella viene. El trapeador volaba sobre el mosaico. Ni una gota, no debe quedar ni una gota. Las cosas en su lugar. Los pasos parecían resbalar sobre los peldaños. ¡La basura!, debo tirar la basura, ¡Carajo!, dejé los trastes sucios, lavarlos, lavarlos, aprisa, ella viene. ¡Los cabellos!, ¡no quité los cabellos del lavabo! Corría los escalones, de dos en dos. Ya no hay tiempo. Una llave en la cerradura. Ya están aquí, debo secar, dejé el trapo abajo, con papel sanitario, pronto al excusado. Ruidos en la cocina. Bajar despacio. Calma.

En la cocina el padre, sobre una silla, guardaba latas en la despensa. La madre, limpiaba otras con un trapo húmedo. Saludó y el buenos días flotó un rato antes de que su padre contestara. Los ojos de ella descubrieron el desayuno para dos personas, después, se movieron sobre los objetos. Busca el error, pensó Juan, y también recorrió la cocina con la mirada. Dejó escapar el aire contenido en el pecho, ella había desviado los ojos sin decir nada. Procuró hacer el menor ruido posible y se sentó a la mesa. Esperó varios minutos a su padre, pero el hambre lo venció. Tomó una rebanada de pan tostado y acercó la mantequilla. La mano buscó, a tientas, el cuchillo y no lo encontró. Recordó que tres meses antes de que saliera de esa casa, ellos habían tirado todos los objetos punzocortantes. La voz de su padre lo sacó del pasado.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte?— Había en la voz el mismo tono que tenía el día que le dijo: vete de aquí y olvídanos. Juan no quiso verle la cara y la mirada cayó sobre su madre. El corazón se le aceleró al verla calentar una lata en la estufa. Ya ni siquiera usa las ollas, pensó, desviando los ojos.

—Me voy mañana— contestó.

Después, subió, no quería hablar con ellos. Cuando ya se estaba quedando dormido sonó la puerta. Era su madre, quería hablar con él.

—¿Cómo está Enrique?— Un espasmo en la garganta impidió a Juan contestar inmediatamente.

—Creo que bien. No lo he visto mucho— dijo evadiéndose. La voz de ella subió de tono.

—Eres tan egoísta como tu padre, yo sola no puedo cuidarlo.

Juan sentía el desayuno en la garganta. La vio levantarse e ir hasta el escritorio. De un manotazo tiró los papeles.

—Tu padre y tú quieren matarme, pero oye bien, no se los voy a permitir. ¿Enrique, dónde estás, hijo mío? ¡Defiéndeme!

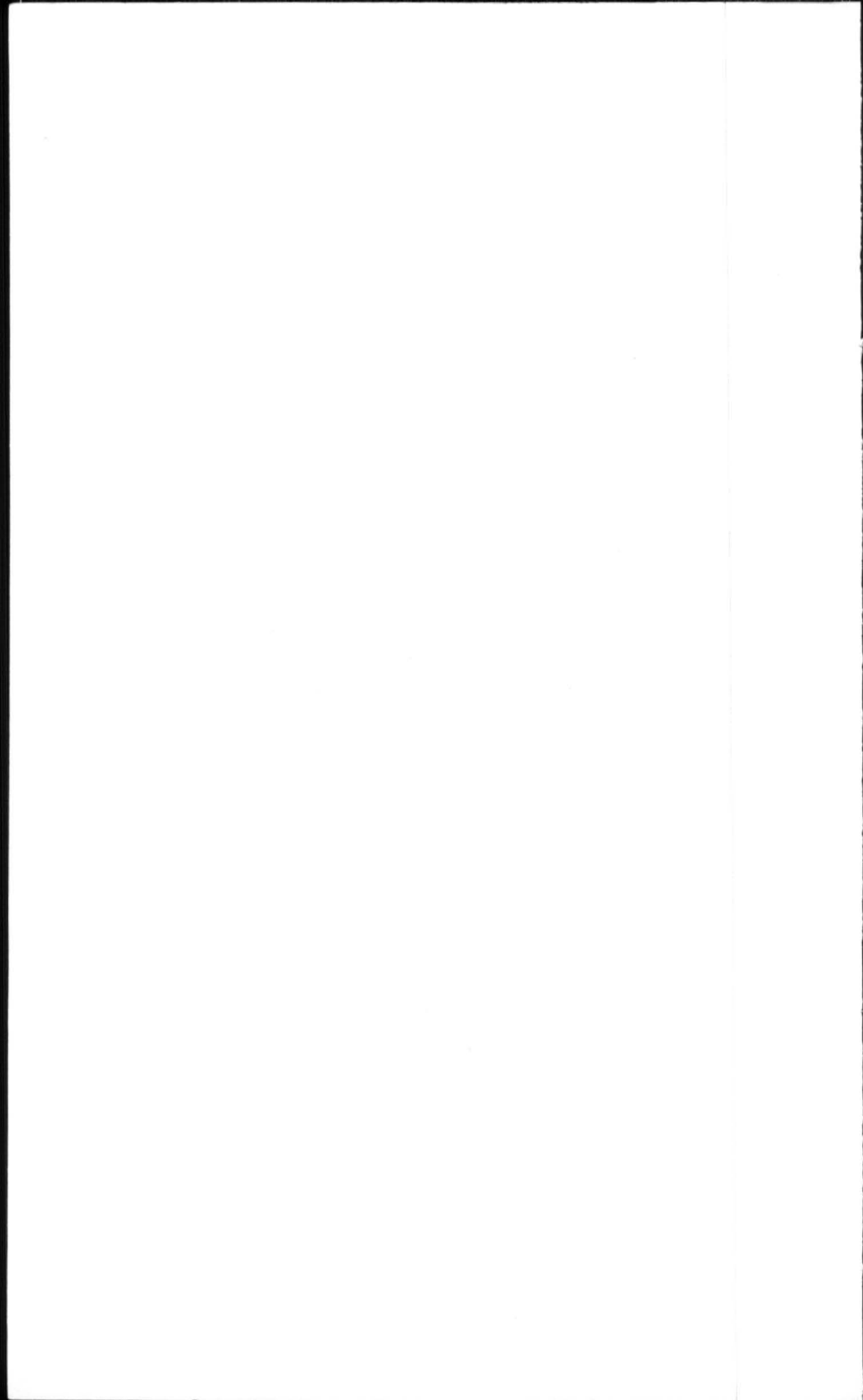
Unos sollozos, roncós como de hombre, le salían del pecho y unas lágrimas grandes chorreaban escandalosas.

—Enrique está...— quiso contestar, pero la entrada del padre no lo dejó.

—Déjanos solos.

Y Juan salió corriendo. Se refugió en el baño tratando de ahogar las voces. Pero desde ahí no se oía nada y más tranquilo se recargó en la pared.

Pasó el tiempo y Juan no sabía qué pasaba afuera. Sus ojos erraban sobre los azulejos blancos, los mosaicos blancos, los muebles de baño blancos, las toallas blancas, la sangre roja, ¡no es cierto, la sangre es blanca! y creía ver el cuerpo de Enrique, rodeado de sangre roja, sobre el cuadro de vidrio, roto, con los barquitos sobre el mar, la espuma sobre la arena, la blanca espuma tiñéndose de rojo y la mano de Enrique abriéndose y cerrándose y la memoria otra vez viva, llenándolo de suicidio, trayendo a Enrique desde el olvido hasta la espuma del mar, pintada en el cuadro de vidrio roto, bajo una mano que se abría y cerraba hasta quedarse blanca.



A LA SOMBRA DE UN LIMONERO

Por el patio, entre las macetas donde la luz de luna se revuelca, va Carlitos, borracho de perfumes de flores y anhelos de lujuria. Camina sobre los ladrillos, pintados de café por la penumbra de la madrugada, rumbo a la habitación de su tía Enedina, donde ella, vestida con su refajo amarillo, lo espera como todas las noches.

Vislumbre del segundo patio y, de clavado, otra vez en su infancia, a los ocho años. Temores y placeres, aquella noche en que se robó el peine de la tía. ¡Qué sofoco!, ¡qué carrera! Gracias a la Virgen del Perpetuo Socorro nadie lo vio. Durmió, con él debajo de la almohada, durante tres días. Qué placer, ¡Dios Santo!, despertar en la noche y tocarlo, acariciarlo, olerlo. La tristeza enorme por devolver el dichoso peine. ¿Qué tal si llegaran a sospechar quien lo tenía? ¿Y el retrato? Nunca, nunca, ése sí no lo iba a regresar, no lo encontrarían, estaba debajo del colchón. Se podía decir que todas las noches, ¿quién iba a saber?, el dormía sobre su tía.

Carlitos se detiene un instante, prende un cigarro con inhalación deleitosa. Las estrellas le hacen guiños y el destartalado baño, entre las sombras, lo planta en sus doce años, parado en el corredor previo al otro patio, está cuidando, como energúmeno, el baño semanal de la tía. No dejará pasar a nadie, la puerta tiene las tablas abiertas por el

tiempo. ¡Qué horror!, alguien la puede espiar. No, eso no, nadie la verá, ni siquiera él mismo.

¿Qué tal si se pone una gardenia en el ojal? ¿porqué no?, a ella le gusta ese perfume. Corta la flor, la olfatea y se vienen, como cascada, todas las clases de piano con olor a gardenia. Su tía oficiando, los discípulos, de uno en uno martillando el instrumento, casi todos como atarantados. Y él, en el arrobó total. Cumplió con la ceremonia de adoración en cada una de las clases que ella dio durante años. Llegaba a esa casa a las seis de la tarde, muy formal.

Qué ejemplo de muchacho es Carlitos, murmuraba la familia, tan aseado siempre, tan arregladito, cuánto amor a la familia, a la música, qué suerte tienes, Encarnación, qué hijo: a los veintidós años ninguna parranda lo ha manchado.

Puntualísimo tocaba a la puerta, lo recibía Flavia, la sirvienta de su tía, más fea que un taller mecánico, lo pasaba a la sala, donde lo esperaba su sillón de siempre, y el plato de bizcochos en la mesita de al lado. Se comía los panecitos, mordiéndolos y saboreándolos como si fueran las carnes de Enedina, mientras la contemplaba a su sabor.

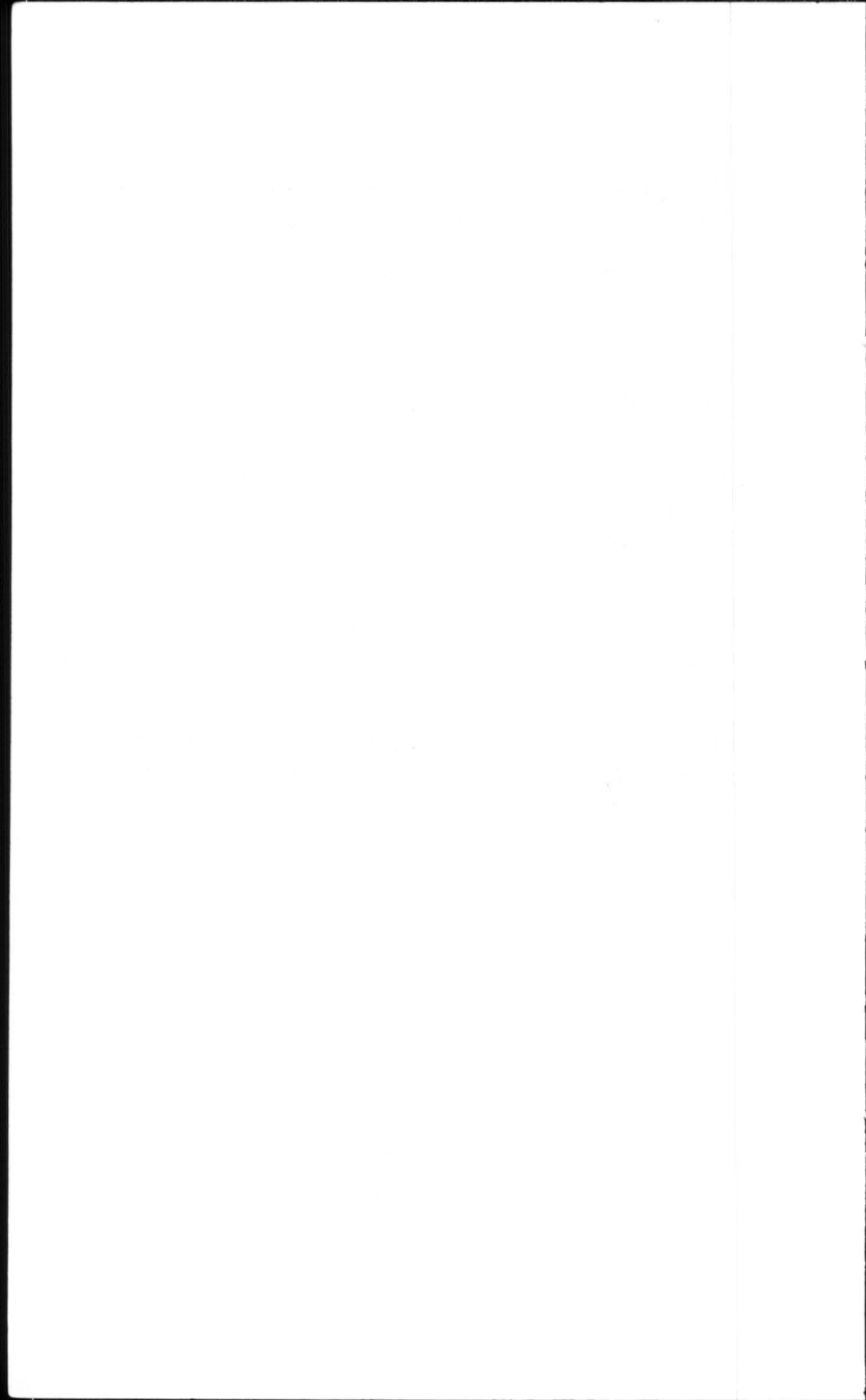
¿Y si lleva vino y dos copas? Sí, qué delicia. Se desliza hasta la cocina, donde muchas tardes durante su niñez, contestaba la pregunta de Enedina: no, tía, nadie vino a buscar. Salía inmediatamente después al patio para que ella no viera la mentira en su cara. En las temporadas que pasaba en esa casa, siempre se había dado el gusto de negar cínicamente a su tía, cuando el estúpido de Alberto la iba a buscar. ¿Vino tinto? No, mejor blanco. Dicen que es afrodisíaco. Carlitos toma las copas, la botella, y sale, caminando con ritmo de tango, para encontrarse de manos a boca

con el limonero que lo envuelve entre sus ramas y lo lleva a la tarde en la que decidió casarse. En esa época ya tenía llave de la puerta. Entró como Pedro por su casa, listo para saborear la visita. Entonces se dio cuenta de que ese día todo era diferente: Flavia no estaba, no había clases de piano, y su tía, ahí, debajo del limonero con unas tijeras de podar en la mano. Entre el aroma de las flores, el canto de los pájaros, el zumbido de los abejorros, Carlitos y su tía perdieron la cabeza a la sombra del árbol.

Qué no dijo la familia cuando Carlitos anunció la boda: hijo, me quitas la vida... hermano, eres un imbécil... no quiero verlos nunca en esta casa... estás desheredado...

Pero no está arrepentido, vivir en esta casa es la máxima felicidad a la que podía aspirar. Después de todo valió la pena casarse con Flavia.

Dentro de unos instantes estará en brazos de Enedina y sabe que su esposa no va a despertar: cuatro valiums son para toda la noche.



EL COMBATE

Las noches de la señorita Mendieta y Alba, de tan ardorosas, eran crueles. En aquella casa solitaria, las sábanas eran los únicos testigos de aquella inquietud. Había esperado durante años al dios de sus sueños. En el aristocrático mundo que la había rodeado no faltaron hombres de todos tipos: altos, bajos, rubios, ricos. Casi todos con el denominador común de ser elegantes, exquisitos, sofisticados. El menos culto tocaba el piano. Ninguno había tocado su romántico corazón. Se había deslizado por el tiempo hasta los cuarenta años y ya no quedaban dioses disponibles. Durante el día, el círculo literario y sus actividades sociales la apartaban de sus fuegos secretos. Ah, pero la noche la dejaba inerme frente al deseo calcinante. Duchas heladas y pastillas para los nervios fueron amuletos inútiles frente a la bestia. Sólo su carácter templado en el orgullo la sostenía.

Una tarde Josefina fue a la tienda de al lado. Aborreecía ese horrible comercio pegado a su casa pero la cercanía la obligaba a comprar ahí sus víveres. Antunes, el propietario, la atendió. Aún no llegaban sus amigos, que para la señorita Mendieta eran "la manada", y el ayudante ya había salido.

El amplio cuerpo del español se movía con agilidad. Josefina siempre imaginaba que en su brillante calva se reflejaban los abarrotos. Desde que Matilde, la amante de An-

tunes, se había ido, las murmuraciones sobre los amoríos de aquel ibérico repugnaban profundamente a la señorita Mendieta y Alba. Cuando tenía necesidad de hablar de él, lo llamaba "El ordinario".

Cuando terminó de hacer sus compras se encaminó a la puerta con andar severo y ni en sus pesadillas más repugnantes le había pasado lo que le pasó. La gruesa mano de Antunes golpeó en seco sus enjutas nalgas. Ella no había tenido tiempo de reaccionar cuando la voz ronca del "ordinario" le dijo: "¡guapa!" Iba a abrir la boca para cubrirlo de insultos cuando "los animales", amigos de Antunes, entraron entusiastas en la tienda.

Se tambaleó hasta su casa, con trabajos abrió la puerta, dejó caer los víveres en la sala y sus sollozos recorrieron las habitaciones solitarias.

Durante cinco días reunió el coraje suficiente para ir a cachetear a Antunes. El ayudante salía a las cinco, "los animales" llegaban a las seis. Esa era la hora ideal. Entró en la tienda con el cuerpo temblando. El gachupín no estaba a la vista. Lo escuchó moverse en la bodega y rápida como un aerolito se dirigió hacia allá. No lo vio. Sigilosa lo buscaba cuando de atrás de unas cajas de jabón salió la mano de Antunes y la jaló bruscamente. La estrechó de manera salvaje con un solo brazo mientras con la mano libre hacía de las suyas en aquel flaco cuerpo. Sus labios la besaban con ardoroso estilo. Aquello era un huracán desencadenado por el mismísimo Satán. Esa tarde la señorita Josefina Mendieta y Alba bajó del Olimpo.

Dios santo, se sentía tan asquerosa. Afortunadamente esa noche, un piadoso sueño le impidió recordar el aquelarre. Amaneció serena, —esta es la calma que necesito para

callarle la boca a ese canalla— se dijo. En su pecho ardía el odio, pero también miedo por su reputación. Se alegró de que ese día fuera jueves. Los jueves pagaba la cuenta por las mercancías en la tienda de Antunes. Buen pretexto para hablar con él. Se presentó ahí a las cinco de la tarde.

Entró con paso de amazona dispuesta para el combate pero “el ordinario” y uno de “los animales” fumaban puros y platicaban al fondo del establecimiento. Antunes, sin borrar la sonrisa, la saludó como si no hubiera pasado nada, le entregó la factura, incluso la llamó señorita. Un poco más tranquila pidió algunos abarrotes con la intención de hacer tiempo hasta que se retirara “el animal”. Pero este parecía haberse fosilizado. Siguió pidiendo mercancías hasta que se dio cuenta de que eran tantas que no podía cargarlas. Entonces Antunes, cínicamente, despidió a su amigo, cerró la tienda, cargó con el descomunal mandado de Josefina y se encaminó a la casa de ella de donde salió, furtivo, a las cuatro de la mañana.

Así empezó lo que Josefina llamó “su calvario”. Sentía como si viviera al borde de un acantilado. Casi moría de vergüenza cuando pasaba por su mente la idea de que sus amistades se enteraran de aquello. Si supieran, pensaba al ver al “ordinario” pasear libremente por su casa, con los tirantes colgando sobre las caderas, con aquella camiseta de rayas verdes y llamándola chulona. Ella le tenía prohibido que le hablara en la calle, es más, ni siquiera la podía saludar. Los domingos lo veía, en compañía de los “animales”, sentado en la terraza del café. Pasaba al lado de su mesa con la cabeza muy alta, rumbo al rincón donde la esperaban sus amigas del círculo literario. Cuando ella le hablaba de sus temores, Antunes soltaba estruendosas carcajadas mientras le decía “ah, mujeres, mujeres”, Josefina sentía que no la comprendía. Hasta que una noche que ya

lo tenía harto con sus quejas, la tomó de la mano, la llevó al cuarto del fondo de la casa y le dijo que esa habitación colindaba con la bodega de su tienda. —voy a abrir una puerta para que estés tranquila, chulona—. En una semana la puerta estuvo lista, Cada uno tenía una llave pero ninguno cerró.

A Josefina se le derramaba la bilis con cada regalo de Antunes. Le llevaba: docenas de latas de sardinas, botes de aceite de oliva, paquetes de papel sanitario. Antunes se burlaba cuando ella le platicaba que sus antiguos pretendientes le regalaban rosas de tallo largo, orquídeas, perfumes, libros. Dejó de contarle cuando él le dijo llorando de risa “esos son regalos de jotos, chulona”.

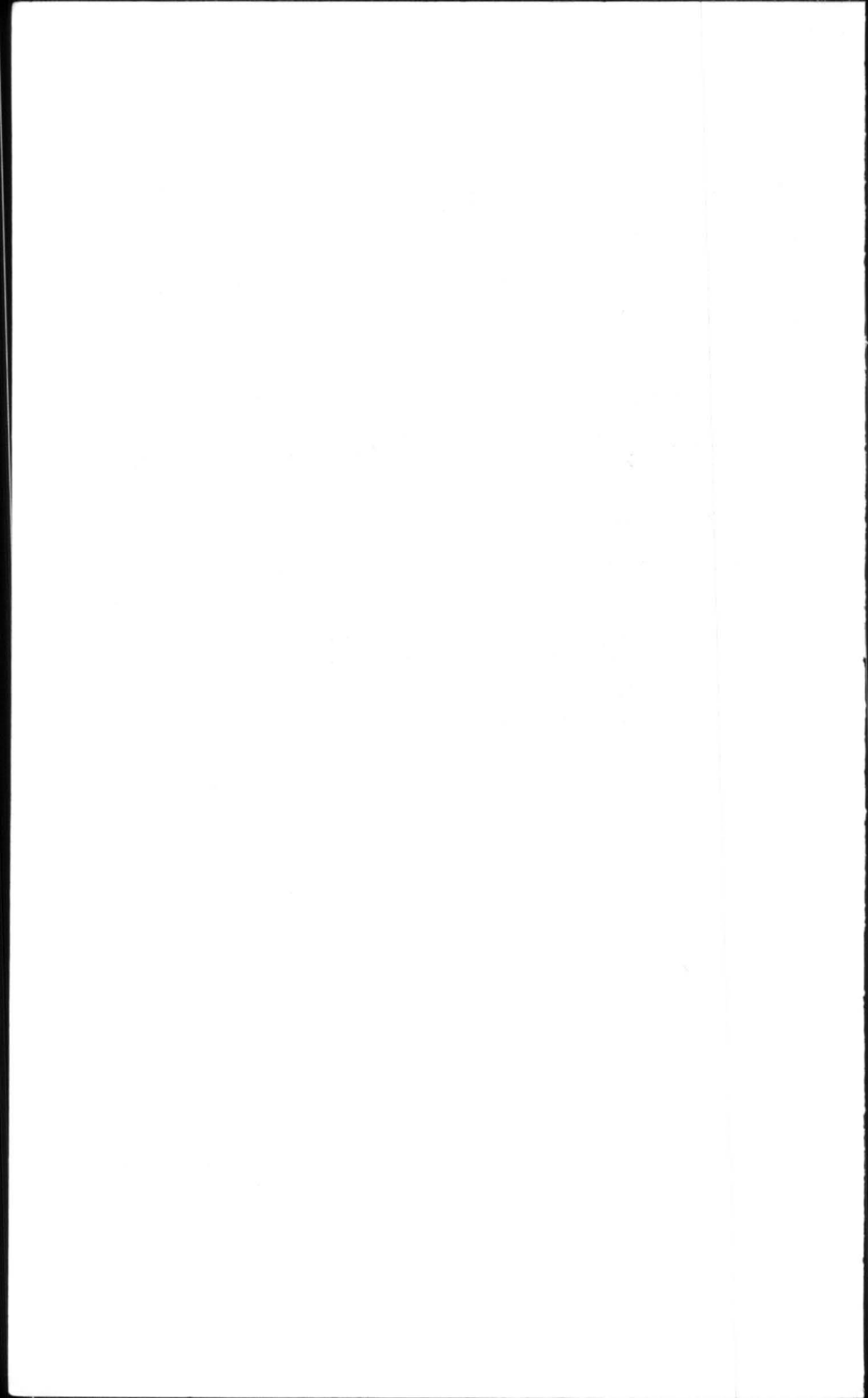
Cuando Josefina se enojaba con el español cerraba la puerta con llave. A los tres días la abría otra vez porque Antunes no respondía al castigo. El ordinario volvía como si nunca hubiera pasado nada. Eso sacaba de quicio a Josefina. En una ocasión mantuvo la puerta cerrada durante una semana. Los celos al verlo saludar con grandes sonrisas a todas las sirvientas de la cuadra, la sumieron en un delirio de rabia. Sin embargo, volvió a abrir y no se habló nunca de aquello.

A Josefina Mendieta y Alba se le partió el mundo el domingo que Antunes la saludó. Se sintió apedreada por todas las miradas de los asistentes a la plaza. Sus amigas le hicieron unas bromas livianas e intrascendentes pero el fuego del averno la cegó. Se despidió antes que de costumbre y se fue a su casa a cerrar la puerta satánica.

Durante tres semanas esperó a que Antunes intentara un acercamiento. Pero a pesar de que ella frecuentaba la tienda todos los días, el maldito gachupín no se daba por

aludido. Josefina estaba desesperada. Sólo el orgullo le impedía suplicarle. En esas largas noches de locura urdía planes que lo hicieran reaccionar. Inclusive, Dios sabe, pensó en proponerle matrimonio. Enrojeció de humillación ante plan tan directo. De repente, una idea anidó en su mente. Buscó a su amigo de la infancia Manuel Romero y Pérez. Gracias a su señora madre permanecía soltero. Un elegante traje cubría el cuerpo, casi etéreo, de aquel pabito amarillento. Con sonrisa coqueta lo invitó al café Plaza. Se presentó ahí del brazo del "pabito". Saludó de lejos a sus amigas y se sentó a platicar con él. Con el rabillo del ojo espiaba la reacción de Antunes. No hubo ninguna.

Derramó, durante tres días, lágrimas amargas. Maldijo su debilidad y de esas setenta y dos horas durmió tres. El jueves fue a pagar la cuenta semanal. Antunes no estaba. El ayudante le entregó la nota. Josefina la leyó y, oh, día feliz, soberano entre los más felices. Josefina casi levitó de dicha. Antunes le había cancelado su cuenta de crédito.



DIA DE OFERTAS

Un miércoles en el supermercado, día de ofertas, Martina vio a un señor parado frente a la sección de vinos y licores. No es insólito ver a señores parados delante de vinos y licores. Algunos hasta tienen el aspecto de sacerdotes de sectas misteriosas, oficiando. Pero el individuo en cuestión tenía, además, las mejillas chapeadas, las cejas negras y abundantes y unos ojos verdosos en los que el iris se diluía en la esclerótica. Era él. Aunque algunas capas de tejido adiposo lo protegían contra las temporadas de hambre (si éstas llegaban). No había duda, era su galán de una época. De los años en que los salones de belleza eran talleres de escultura y las fincas algodonerías dictaban las políticas económicas.

Martina se escondió detrás de los jitomates. Esa situación no era la que había soñado. Siempre imaginó ese encuentro en algún centro nocturno de moda. O en el Palacio de Bellas Artes de la ciudad de México, durante la ópera *Madame Butterfly*. Rodeada de hombres interesantes, delgados, con canitas en las sienes. Desde luego, vestida con alguna creación de Dior que destacara su esbeltez. Su pelo sería una cascada de miel, palparía a cada movimiento de su cabeza. Y él, en compañía de una esposa gorda y torpe, rechinaría los dientes de rabia y abandonaría el lugar arrasando, detrás de sí al pobre globo.

La vida le había propinado un golpe certero. Oculta entre las verduras, se contempló en la superficie convexa del cilindro cromado del carrito, al que sus crispadas manos se asían. Este le devolvió la imagen de su propia cara. Sus mejillas aparecían alargadas hacia los lados. Los tubos color salmón sobre su cabeza, le daban aspecto de marcialno venido a menos. Veintidós primaveras habían pasado desde la última vez que lo vio. Se acordaba muy bien de aquella tarde. Había pasado dos horas sentada dentro del carro de su papá. Por el espejo retrovisor, lo había observado durante ese tiempo platicar con la sirvienta de la casa de la esquina.

El nunca terminó la carrera de ingeniería. Unas semanas después del último día que lo vio, supo que se había ido a Estados Unidos. Fue una sorpresa para todos. A pesar de que le decían El Papanatas y de que ya tenía tres años en tercero de la carrera, nadie pensó que tiraría el arpa. Una sola vez había sabido de su vida en el extranjero. Trabajaba como controlador de tráfico aéreo y en ésa época andaba con una azafata.

Martina se había escurrido por entre las latas de chiles en vinagre. Ocultando la cara dentro del carrito, protegida por las cajas de Corn Flakes, había logrado llegar hasta el estante de los insecticidas. Desde ahí, lo miraba por entre dos latas de Raid matabichos. Quería saber si lo acompañaba una mujer. Deseaba con toda el alma ver una mujer horrible.

Paseó la vista alrededor de él y, ahí estaba ella. Las tripas le gruñeron como locomotora a toda marcha. Una rubia monumental lo acompañaba. Hablaban en inglés. Martina se imaginó a sí misma, vestida con un traje sastre color palo de rosa, un collar de perlas legítimas al cuello y

una halo de perfume francés. Llegaría sobre altísimos tacones a buscar una botella de champaña. Como por casualidad los vería y en inglés perfecto dejaría caer unas frases lapidarias e ingeniosas. Maldijo tantas clases de inglés desperdiciadas. Tenía que salir de ahí a como diera lugar. Un temblor convulsivo la sacudía nada más de pensar en que él pudiera verla. Pero del destino nadie huye. El reflejo condicionado por tantos años de ama de casa, la condujo, todavía oculta entre el Corn Flakes, al estante de papel sanitario. En ese abyecto lugar y con las manos en la masa la descubrió él.

Martina deseó que un temblor de tierra la enterrara entre los rollos. Se quitó el tubo de la frente con reflejo rápido. Trató de acomodar el pelo con los dedos, pero el terco rizo insistió en quedar erguido, como si fuera un gancho de ropa. Todo estaba pasando tan rápido que apenas distinguía la figura de él. No entendía qué le decía.

Todo pareció volver a la normalidad cuando sintió un abrazo de oso. Las carcajadas de él eran de placer. Le presentó a la espectacular rubia. Esta no hablaba español pero una sonrisa radiante se extendió sobre su cara. Sonrisa que no se volvió a borrar. Martina balbuceó unas estúpidas disculpas y trató de escurrirse por entre las pilas de ropa interior en barata. Cincuenta por ciento de descuento, cincuenta por ciento de descuento repetía su mente como estribillo. Pero el galán del pasado no se dejó abandonar con facilidad. Mandó a la rubia por su carrito y se prendió del brazo de Martina hasta la caja. Ella lo contemplaba sorprendida. El atropellaba las frases. Preguntaba por los amigos de aquellos tiempos. No había podido ver a nadie. Se burlaba de que todos se hubieran casado y tuvieran trabajos solemnes. Se quejó de que nadie tuviera tiempo de sa-

lir con él. Le contó que ganaba muchos dólares. Que había traído dos automóviles, uno con chofer. Quería llevarlos a todos al club aquél donde no los habían dejado entrar hacía años, por pobres. Quería presentarles a la gringa que recogió en la carretera de Laredo. Es muy buena onda, dame tu teléfono, Martina, hoy en la noche la armamos en grande.

Martina le dio el teléfono del hospital central y se fue riendo a carcajadas. Le contaría a Pepe. Y también, en la guitarreada de esa noche, a los cuates de siempre. No faltaba más.

AQUELLA NOCHE

En las noches, los habitantes de la privada Madero, salían al gran patio común, cada uno con su silla a cuestas. Y platicaban algunas horas.

Esa noche el ingeniero Gómez estaba de vena. Los mantenía en vilo platicándoles las costumbres de los mayas. Su clase de historia de las ciencias en la universidad, lo obligaba a leer continuamente datos curiosos. Miró la hora: la una de la mañana. Nadie parecía dar muestras de sueño. La imaginación de todos se descarriaba. Se les veía emocionados. Justo en ese momento, algo parecido a un cigarro de color rojo atravesó el cielo de oriente a poniente. Se cayeron las sillas cuando sus ocupantes se pusieron de pie. Hubo gritos y exclamaciones de asombro.

—¡ Un platillo volador!— gritó Luisita.

El ingeniero Gómez se puso los lentes pero el cigarro ya se había perdido de vista. El era el universitario, del que los demás esperaban las explicaciones. Ese momento no fue la excepción.

—¿Qué era, ingeniero?

—Todos lo vimos

—¿Serán marcianos?

Estaba frustrado, por culpa de su miopía era el único que no había visto el fenómeno. Su liderazgo científico peligraba.

—Pudo haber sido una estrella fugaz—, aventuró.

Gritos de protesta negaron esa posibilidad. Conocían las estrellas fugaces, lo que habían visto no se parecía ni por casualidad a una. La mente del ingeniero trabajaba a la velocidad de la luz.

—Hay veces en que la contaminación en la atmósfera provoca esos efectos de luces muy curiosos. Yo recuerdo que en...

—¡No, ingeniero, disminuyó su velocidad cuando pasó por aquí arriba y, luego siguió tan rápido como venía!

Les miró las caras exaltadas y comprendió qué esperaban. Querían una aventura extraña que los alejara de la rutina de su vida cotidiana. La única posibilidad que tenían de alargar ese momento era la aceptación del hecho por un sabio. Sabía de sus limitaciones como tal. Pero, esas noches, en las que sentía la admiración y la fe de sus amigos y vecinos, eran un placer al que le resultaba difícil renunciar. La batalla con él mismo fue cruel y corta.

—Señores, que no cunda el pánico, todos verticales, —dijo con voz solemne— acuesten a sus hijos y nos vemos en mi casa dentro de veinte minutos.

Ni quince habían pasado y ya estaban todos ahí. Los ojos les brillaban alucinados. Sus mejillas tenían el color

rojo de la fiebre y las manos les temblaban. En cada mente la imaginación había tomado caminos delirantes.

Tenía un plan: derrotarlos por agotamiento. Frustración óptima, como decía su amigo, el doctor Nieto.

—Subiremos a las azoteas, no es difícil que vuelvan, —les dijo con voz contundente—, traigan sus binoculares porque ahí nos quedaremos toda la noche. Que no se diga después que fuimos descuidados.

El ascenso fue una pesadilla. La mayoría era peso completo. Más de cinco rozaban los sesenta años. La única manera de ir a la azotea era con una escalera de albañil. En la casa de Luisita había una. A las mujeres hubo que ayudarlas empujándoles las nalgas. Ninguna se molestó. Al señor Jasso, enfermo de artritis, lo auxiliaron amarrándole la cuerda de un tendedero en la cintura. No emitió ni una queja. Subir a Luisita fue tarea de egipcios. En otras circunstancias ninguno se hubiera sentido capaz de subir noventa y cinco kilos a una altura de seis metros. Lo hicieron. La posibilidad de un accidente le puso los testículos en la garganta al ingeniero. Por fortuna no hubo nada qué lamentar.

De ese lado, las azoteas de las casas estaban unidas. Inclusive, se extendían a otras más allá de la privada. Ese paisaje desconocido los excitó más. Se dio cuenta. Temió que los vieran de las otras casas y los llamó con señas.

—No se trata de asustar prematuramente a la demás gente. Traten de hacer todo con la mayor discreción posible.

Asintieron con miradas de complicidad y empezaron a caminar de puntitas hablando con susurros.

Se acostaron de cara a las estrellas a buscar los ovnis prometidos. Transcurrió una hora y media. Algunos binoculares se desviaron del cielo y empezaron a vagar sobre objetos más terrenales. Ventanas, patios, jardines tomaron importancia. Casi todos estaban oscuros. El jardín de doña Paz no. Como fusiles, los anteojos apuntaron hacia allá.

La luz de un farol alumbraba tenuamente. En algunos lugares, las copas de los árboles proyectaban sombras misteriosas. Se veía luz a través de las ventanas. Al principio nada parecía moverse. Los investigadores de ovnis se habían ido juntando en torno al ingeniero. La excitación estaba intacta, sólo había cambiado el motivo. Menudeaban las preguntas y elucubraciones en voz baja.

—¿Por qué tiene la luz prendida a las tres y media de la madrugada?

—No sabemos mucho de ella.

—Nos esquivo. Una vez me puso una inyección y vi que tiene un cuadro con una calavera en la sala.

—Yo también lo vi, pero no es una calavera, es composición de una muchacha delante del espejo.

—De todos modos está muy rara. Los hijos, desde que se casaron, ya no la visitan.

De pronto, un movimiento leve en el jardín los dejó mudos. Había alguien ahí. El ingeniero ya estaba contagiado por los demás. Esperaron atentos.

Aparecieron dos hombres. Caminaron entre los árboles, llegaron hasta la puerta y tocaron. Les abrió una mujer de la que apenas se vio la falda negra.

—¿Serán sus amantes?

—No seas menso, ya está muy vieja.

Se interrumpieron los comentarios cuando llegó otro hombre.

—¡Es el licenciado Trujillo!

—¿Qué hace ahí a estas horas? Su esposa está enferma, la dejó sola.

—¿Y si fuera bruja? Con razón hizo la barda del jardín tan alta.

—Sí, es cierto, es para ocultar sus juntas espiritistas.

La superstición se adentró en los pechos de los observadores. El ingeniero trató de calmarlos pero sus palabras vacilaron ante sus propias dudas. No le prestaron atención.

—Las paredes de esa casa colindan con las nuestras.

—Yo a veces oigo una música muy rara, como de salmos.

—Imagínense que invoque al demonio. ¡los niños duermen a unos metros de ahí!

—Cállate, que ya me pusiste nerviosa.

En ese momento las ventanas de la casa fueron cerradas. El ingeniero alcanzó a ver que había más gente dentro, hasta le pareció que había mujeres.

—¿Cómo entraron?

—Yo creo que dejó el portón abierto.

El farol se apagó. Observó a sus compañeros. Estaban en el pináculo de la emoción. Algunos buscaban la manera de descolgarse al jardín de doña Paz. Las mujeres, lejos de estar asustadas, se veían más decididas que los hombres a develar el misterio. Traigan la escalera, ordenó alguien. Había que detener aquello. Se estaba saliendo de control.

—No nos diga nada, ingeniero, esto ya no pertenece a su campo.

—Pero es un delito meterse en casas ajenas.

—En este caso se justifica. René, vete a llamar a la policía por si esos endemoniados resultan peligrosos.

Intentó detenerlo pero no pudo. Cuando quiso bajar, ya la escalera estaba en el jardín ajeno. No podía creer lo que estaba viendo. Bajaron con una seguridad pasmosa. Luisita y el señor Jasso fueron los primeros.

Los vio correr sobre el pasto hasta la entrada. Golpearon la puerta mientras gritaban. Se abrieron las ventanas y grupos de cabezas se asomaron en cada una. Por la puerta salió el licenciado Trujillo. Iba a preguntar algo pero la turba se le echó encima. Lo dejaron tirado. A lo lejos se oyeron las sirenas de la policía. Después, como abejas, entraron zumbando. Se escucharon gritos, y golpes de cosas rotas. No podía ver mucho desde el ángulo en que se encontraba. Las sirenas llegaron hasta la entrada.

—Abran, somos de la policía—, gritaron, mientras golpeaban el portón con una piedra.

Dentro nadie escuchaba, el escándalo era tremendo. Al-

gunas cosas salieron disparadas a través de las ventanas. Por ellas se podían ver figuras enlazadas. La policía hacía esfuerzos por derribar el portón. Una mujer salió corriendo despavorida. A la mitad del jardín dos de los vecinos la atraparon. La llevaron arrastrando otra vez al interior. Los policías lograron entrar. Pasaron corriendo debajo del ingeniero que en ese momento trataba de subir la escalera a la azotea. Cuando entraron, el escándalo fue peor. Hubo algunos balazos pero esto no menguó en lo más mínimo el zafarrancho. En las otras casas se encendieron las luces. Grupos de gentes en pijama salieron y se arremolinaron enfrente. Uno de los curiosos gritó al ver a la policía: ¡este es otro Tlatelolco! Un rugido de indignación de los empijamados respondió. Entraron en acción inmediatamente. Algunos se fueron contra las patrullas. Les rompieron los vidrios con piedras. Noquearon a dos agentes que estaban en la calle. Los demás, se unieron a la batalla en el interior. A lo lejos se oían más sirenas, ahora no sólo de las patrullas, también las de la Cruz Roja. Más gente llegó de las otras cuadras. Al enterarse del rumor de la represión policíaca entraron en el combate. Incendieron varias patrullas en medio de la calle. Llegaron los bomberos. El ingeniero consiguió llegar a su casa. Se encerró temblando en su recámara. Desde ahí escuchó cómo el escándalo fue creciendo. Es posible que esto se extienda hasta el hospital militar, pensó. Había solo cinco cuadras hasta allá. Cuando escuchó el sonido de un helicóptero corrió al botiquín, sacó cuatro pastillas para los nervios y se las tomó. Media hora después se hundió en un pesado sopor del que pasó a la inconciencia.

Abrió los ojos a las once de la mañana. En el primer momento no se acordó de la noche anterior. Segundos después, el estómago le brincó hasta el pecho. Las escenas de pesadilla revivieron en su memoria. ¡Dios mío! ¿Cómo ter-

minaría todo anoche? El remordimiento le masticó los intestinos. Fui un cobarde, se dijo. Se asomó cautelosamente por entre las cortinas de la ventana. Vio a varios parientes de sus vecinos recogiendo zapatos y prendas de ropa regadas en el gran patio. Algunos sacaban a los niños de sus casas. Posiblemente para atenderlos. Corrió la mirada hasta el exterior de la privada. Grupos de soldados, alrededor de unos jeeps, custodiaban la calle. De vez en cuando, pasaban grúas arrastrando patrullas quemadas.

Después de dos horas se atrevió a salir. Se acercó a un soldado con la intención de informarse, pero el militar le cerró el paso.

—Enséñeme su identificación.

Le entregó su licencia de manejar.

—¿Dónde estaba usted anoche?—, le preguntó el uniformado. El ingeniero, dominado por el miedo, emuló a San Pedro.

—No sé que sucedió aquí, anoche me tomé mis pastillas para dormir y ahora me encuentro con ésto, ¿qué pasa?

—Por su bien, no se mezcle. Circule con cuidado.

Echó a caminar entre los soldados, cada momento más horrorizado. Las huellas de la batalla se extendían por cuadras y cuadras.

Llegó a la Plaza de Armas. Pasó entre grupos de gentes silenciosas. Se dirigió a los portales del palacio municipal a comprar el periódico. Tuvo que abrirse paso entre la multitud que estaba haciendo lo mismo. Ya con él bajo el

brazo se metió a un café. El encabezado en letras rojas le brincó a los ojos como aceite caliente: **CONJURA CONTRA EL GOBERNADOR**. En letras más pequeñas se explicaba cómo los heroicos cuerpos de policía habían logrado dominar la insurrección. De los soldados no se decía nada. Un poco más abajo se daba la noticia: **LA RECTORIA TOMADA POR ESTUDIANTES**. Los de leyes. Se acordó de que a dos cuadras de su casa, vivía el presidente de la federación de alumnos de la Universidad. ¡Libertad a los presos políticos!, concluía la noticia. En las páginas interiores aparecían las fotografías de la batalla. Estaba tan nervioso que no quiso verlas. No hubiera soportado contemplar a sus vecinos en manos de la policía.

Después de leer las noticias pidió un té. Le dolía el estómago. Por su mente ya pasaba la idea de ir con el gobernador a explicarle las cosas cuando vio, a través del ventanal, la entrada a la plaza de armas de una manifestación de mujeres. Venían desaforadas, con mantas en las que pedían libertad para sus hijos. Gritaban ¡Muera la represión! Se dirigieron al palacio de gobierno. Los policías judiciales que custodiaban el lugar les hicieron frente. Varias señoras cayeron golpeadas. Esto indignó a los grupos de gente que estaban en la plaza e intervinieron furiosos. De las esquinas se desprendieron los agentes de tránsito. En pocos minutos aquello era una batalla campal. Llegaron camiones urbanos repletos de estudiantes. No pudo soportar más. Se metió en el baño y salió por una pequeña ventana que daba a la calle de atrás. Corrió por su cordura hasta la central camionera. En un camión que salía en esos instantes se fue a Cerritos, S. L. P.

Cuando, varias semanas después, le fueron a enseñar al dispensario el periódico con las últimas noticias, ya no sintió nada. Qué diablos le importaba a él que el Gobierno

hubiera caído. La amenaza de los Estados Unidos de invadir México para cuidar el petróleo, lo dejó indiferente. Ya había sufrido demasiado. ¿Quién le iba a creer que todo había ocurrido por culpa de los mayas?

GARDENIAS Y LADRILLOS

Toño fue el único que no quiso escarbar. Nos enojamos con él. Mamá nos dijo que lo dejáramos en paz porque era muy nervioso. Cuando oímos eso miramos cómo le brillaban los ojos a la tía Rosa, no insistimos, podía sentirse aludida, mejor nos concentramos en los ladrillos que íbamos a quitar. Nos pareció difícil removerlos sin quebrarlos porque sólo teníamos unos cuchillos de la cocina y dos botes de lámina. La decisión había sido repentina, no tuvimos tiempo de prepararnos y ahora era tarde. A las once de la noche, no podíamos pedir prestados pala y picos sin despertar sospechas. Por fortuna las bardas de la casa eran muy altas, era difícil que alguien escuchara. Mi hermana Rosario estaba encargada de vigilar la puerta de la calle, teníamos miedo de que papá llegara. Era improbable, no llegaba nunca antes de las tres de la mañana.

No le tengo miedo a las ratas pero esa noche hasta el más pequeño sonido que producían me ponía los pelos de punta y el silencio me causaba sordera. El aroma de las gardenias era muy intenso tanto que se me quedó asociado para siempre con las uñas rotas y los arañes en las manos. Mi mamá y la tía Rosa fueron las primeras en empezar la tarea. Fue la única vez que las ví hacer algo juntas; también había sido la primera y última merienda en que la tía estuvo presente. Con el filo de unas latas rasparon las orillas de

los ladrillos hasta que los desprendieron. Después todos empezamos a escarbar. Desmoronábamos cada bloque duro para identificarlo. Muchos eran piedras otros sólo tierra apelmazada pero el trabajo era duro. De repente un gemido de la tía nos indicó que no nos habíamos equivocado. Un pedazo pequeño de metal estaba delante de nosotros descansando sobre su mano temblorosa. Pasó de unos a otros y ninguno pudo decir qué era. Desde ese momento nuestros esfuerzos se redoblaron. Faltaban dos horas para que papá llegara y no queríamos irnos a dormir sin encontrar algo. No había necesidad de tapar el agujero esa misma noche, bastaba con cerrar la puerta de esa recámara. Allí casi no entraba nadie y menos él. Desde que nos cambiamos a la casa de las tías, papá casi nunca estaba y cuando se quedaba más tiempo solo iba al comedor, a la sala y a su pieza. De esa temporada guardo el recuerdo de mi madre sentada en la oscuridad delante de una de las ventanas de la sala, esperándolo. Después de muchas horas me despertaban sus discusiones en voz baja. La casa era muy grande pero mi madre no quiso ocupar muchas habitaciones, una para ellos y la otra para nosotros cinco. Por eso estábamos tan seguros de que mi papá no se iba a enterar. Por casualidad miré la cara de la tía y me estremeció el color y la expresión de su cara: estaba lívida, crispada, su boca delgada se doblaba en los extremos como si sonriera. Quedé como hipnotizado unos momentos. No quería continuar pero el agujero ya tenía más de un metro de profundidad, no era cuestión de dejar las cosas así. A estas alturas mi hermano Nacho y yo teníamos que bajar hasta el fondo para seguir escarbando y pasarles a los de afuera el escombros. Ellos se encargaban de buscar algo significativo. Estuvimos quietos y callados unos segundos hasta que el ruido de una de las ratoneras nos sobresaltó; fue entonces que me acordé de lo que la tía nos había platicado durante la merienda y se me paró el vello de los brazos. No me

atreví a decirles que yo ya no quería estar allí porque tuve miedo de sus burlas.

Alimenté la esperanza de que la tía ya no quisiera seguir. Esto sería un buen pretexto para irnos a dormir pero murió cuando ví que sus manos rápidas continuaban con la tarea. Mientras me inclinaba sobre la tierra pasó por mi mente su figura silenciosa que más que caminar se arrastraba por la casa. Nunca me hubiera imaginado que esas manos delgadas, blancas, feroces, fueran las de ella. No hablaba mucho con nosotros, creo que esa noche, durante la cena, fue la primera y la última conversación larga que tuvimos, pero yo la escuchaba, a veces, hablando sola. Una vez se lo comenté a mi padre pero él me contestó que esa conducta era natural en personas solitarias, siempre quiso casarse y no tuvo con quién, agregó. No volví a hablar de aquello ni siquiera el día que cortó todas las ramas de la gardenia y las escondió en su pieza. Al recordar la maceta pelona crispé las manos sobre la tierra y algo filoso me cortó, era un pedazo de tepalcate. Olvidando el miedo escarbé más rápido y fueron apareciendo otros pedazos. Se los pasé a los demás. Al verlos rompieron en exclamaciones entusiastas que me hicieron sonreír hasta que la figura oscura de mi tía me asustó. Nunca pensé que fuera a meterse al agujero pero allí estaba, con los ojos más brillantes que nunca buscando con las manos, cubiertas de sangre, en la tierra. Me asusté, mis manos tenían algunas lastimaduras y una que otra uña rota pero las de ella, Dios mío, estaban completamente desolladas. Le va a dar tétanos, pensé, pero no me atreví a decir nada. Arriba mi madre le suplicaba que saliera, los demás se quedaron callados ante la sorpresa de verla saltar dentro del hoyo. Reaccioné e intenté retirarle las manos de los escombros pero ella se defendió con más fuerza de la que yo había imaginado. Mi hermano Nacho la tomó por un brazo tratando de sacarla pero la soltó

cuando ella empezó a cantar. Se me fue la sangre a los talones cuando me dí cuenta de que estaba loca, cómo no lo había visto antes. Qué ingenuos habíamos sido, creímos todo lo que nos dijo durante la cena. Era falso, ahí no había ningún tesoro era solo la imaginación de una demente.

Después de minutos que nos parecieron larguísimos, logramos sacarla del agujero. Yo me preguntaba si mis padres sabían que habíamos vivido dos años con una loca. Miré la cara de mi madre, parecía tan sorprendida que tuve la seguridad de que no estaba enterada de nada. El estómago se me contrajo cuando me pregunté qué tanto sabría mi padre. La respuesta no me alcanzó a llegar a la cabeza, la interrumpió la voz de Nacho. Su medalla había caído durante la lucha. Salté una vez más al agujero, removí la tierra y el mundo me dio vueltas cuando descubrí la calavera. Fragmentos de imágenes corrieron por mi mente, años y años sobre aquella casa vieja, las ratas, la soledad, ¿cuántas gentes entraron, cuántas salieron?, ¿quién podría decirnos si alguien se había perdido? El tiempo enterrando recuerdos, vidas, muertes y quién sabe que otras cosas.

ARAMIS

Todo en mi vida iba bien hasta que empecé a vivir una depresión marca diablo. Solo yo sabía el peso de mi cruz. El sacerdote con el que quise hablar, me retiró de la iglesia. Todavía recuerdo, con rencor, sus palabras de disculpa: "Ahora no te puedo atender, Ramón, ven mañana". Y aún agregó algo antes de despedirse: "No sufras, hijo". Como si esas palabras fueran mágicas y pudieran alejar mi desolación. Solo había en el mundo un refugio: el cuarto de la televisión. Hasta ahí no había llegado la imaginación consumista de Laura, mi mujer. Cuando entraba experimentaba un placer extraño al mirar el viejo sillón, el primero que tuve. Desgarrado, con un color ya indefinido, me provocaba algo cálido, sedante, que no podía precisar de dónde venía. Ahí me sentaba diariamente varias horas. De vez en cuando mi familia me acompañaba. Se sentaban unos minutos a mi lado, después, sintiendo que habían cumplido con su deber, volvían a sus ocupaciones, desconocidas para mí. Al quedarme solo, suspiraba con alivio. ¡Caramba! ya me dolía la cara de sonreír: a los clientes, al director general, a los amigos de Laura. A veces me preguntaba dónde andarían mis antiguos cuates. No recordaba cuándo los había visto por última vez. ¿También la risa dolía cuando estaba con ellos? No, aquellas reuniones eran especiales. En cambio las fiestas en mi casa, qué pesadilla: caravanas, protocolos, imagen, imagen y más imagen. Cuando llegaba a

ese punto de mis pensamientos, prendía el televisor. Y empezaba la rutina: pequeños trozos de programas deshilachados y comerciales, comerciales, comerciales hasta el infinito. Nublaban los pensamientos pero, eran una barrera que me impedía ahondar dentro de mí.

La casualidad o el destino, no sé qué, me puso una tarde en una plaza donde se filmaba un comercial para televisión. Curioso, me uní a los espectadores. Algo pasaba, el equipo estaba inquieto y el director furioso. Aparentemente las escenas exteriores ya se habían filmado. Se preparaban para tomar los interiores en una vieja casona estilo francés, pero parecía que alguien faltaba. Me cansé de ver aquel espectáculo de gente enojada y decidí seguir caminando. Atravesé la calle y cuando ya iba a dar la vuelta a la esquina, alguien me alcanzó. Extrañado miré, delante, al director. Me veía de arriba a abajo, como calibrándome.

—Oiga, maestro, ¿puedo hablar unos minutos con usted?— preguntó.

Busqué alrededor, desconcertado, no estaba seguro de que se dirigiera a mí.

—¿Qué se le ofrece?— contesté irritado.

—Ya se lo dije, artista, regáleme unos minutos, es todo lo que le pido, por ahora.

No me gustó nada lo de “artista” pero el aguijón de la curiosidad ya me había picado.

—Está bien, ¿de qué se trata?

—Aquí no, hay mucha ropa tendida— me dijo señalando con los ojos a las demás gentes.

Me indicó con un ademán que pasáramos a la vieja casona. A regañadientes lo seguí. El interior estaba decorado con un estilo ambiguo, algo semejante al estilo Luis XIII. Por unos momentos temí que me pidieran algún crédito bancario.

—Quiero filmarlo, maestro, tiene el tipo ideal para hacer mi Aramís. Pida lo que quiera que no pase de tres millones.

—¡Oígame! ¿qué se ha pensado? ¡no soy su payaso!— grité.

Traté de salir con la mayor dignidad posible. El cineasta corrió hasta pararse delante de la salida, su actitud era suplicante.

—No me frustre, artista, por favor, déjeme explicarle y luego haga lo que quiera, le prometo no volver a molestarlo, no sea cruel, nada pierde.

La escena era tan ridícula que con tal de que aquello terminara accedí a escucharlo.

—Este es mi primer comercial para televisión. Sólo tengo dos días para acabarlo y mi Aramís no se presentó. Cada día de filmación me cuesta un dineral. Si ésto continúa así, mi carrera se va a la fregada y quedaría de deudas hasta el copete. Ayúdeme, por favor.

Vi un cartelón en donde estaba pintado el producto y me estremecí: era un desodorante. Me imaginé a mí mismo reproducido en todos los receptores de televisión del país y quise salir corriendo de ahí.

—¿Cómo piensa que voy a aceptar? Soy banquero. Si

hago ésto, no solo mi carrera se va al diablo, también mi vida.

—Le prometo que nadie se va a dar cuenta. Firmaría el contrato con un seudónimo. Además el disfraz es perfecto. La peluca es larga y rubia, le cubriría la calva. Los bigotes le tapan casi toda la boca y le cambiarán el óvalo de la cara. El traje es de la época de los tres mosqueteros. Piense en los tres millones, mi artista, y sienta esto como una aventura que le romperá la rutina.

Las palabras del director me impulsaron a decir sí con una voz que no reconocí como mía.

A partir de ese momento me arrastró un torbellino. Cuando pude ver con claridad, estaba delante de un espejo. me miré a través de algunas plumas del sombrero y ¡diablos! Lucía extraordinariamente bien parecido. ¡Carajo!, me dije, éste no soy yo. En ese momento llamaron a escena. Caminé al escenario. Y al sentir que las botas me daban un andar más viril, lo exageré.

Cuando empezó la filmación, entré completamente en el papel. Ya no era el funcionario bancario de sonrisa estereotipada. Era un mosquetero bravo y sensual el que salía de lo más hondo. De haber sabido lo que me esperaba hubiera estrangulado al maldito personaje. Pero no soy adivino y seguí adelante con una actuación que rayó en lo pornográfico. Entusiasmó tanto al director que me pagó trescientos mil pesos más.

Los primeros días, después de aquello, recordé el episodio con diferentes emociones: arrepentimiento, gusto de haber vivido una aventura, repugnancia de mí mismo, etc. Poco a poco olvidé el asunto y seguí mi vida. Hasta que

una mañana, en el banco, escuché, con horror, una conversación entre mi secretaria y una de las clientas. Hablaban del hombre más sexy que habían visto: Aramis. El más provocativo de cuantos mosqueteros hubiera presentado el cine, la televisión y cuanto medio de comunicación existiera. Chorros de sudor me escurrían por la cara cuando acabó la plática. Temblaba y la cabeza me daba vueltas. No tuve más remedio que salir del banco. Llegué a casa y me encurrué el resto del día.

En la noche, picado por la curiosidad, bajé al cuarto de televisión. Quería verme en plena actuación. Prendí el aparato y me senté. Un poco más tranquilo, a esas horas mi esposa nunca me acompañaba. Pero, oh sorpresa, unos minutos después, se presentó Laura. Quise apagar el televisor e inventar cualquier pretexto para distraerla pero se negó. Ella también quería ver al mosquetero del que tanto le habían hablado. Al borde del vómito esperé, seguro de que me reconocería, hasta que empezó el comercial. Al verme en la pantalla olvidé todo. El personaje era yo y no lo era al mismo tiempo, nunca hubiera imaginado a qué extremos llegué. La actuación que yo creí pornográfica no era tal, había ahí un erotismo sutil, elegante, tierno, estremecedor. Había tal magia en ella que a mí mismo me cautivó. Cuando ví a Laura casi caigo del sillón, tenía en los ojos una expresión que me recordó nuestros primeros días de casados; las mejillas sonrojadas parecían estallar. Esperé anhelante el momento en que se arrojara en mis brazos víctima de la pasión por mi personalidad escondida. Estaba seguro de que me había reconocido, después de todo era mi esposa. Pero no, se levantó, como si levitara, y salió directo al teléfono. Quería comentar con sus amigas algo acerca del hombre más sensual que había visto. Me quedé sin saber qué hacer. Por un lado era bueno que no me hubiera reconoci-

do, era ridículo que el director de un banco fuera el admirado Aramís, por otro los celos de mí mismo me ahogaban.

A partir de ese día mi vida cambió. El comercial fue tan exitoso que me volvieron a llamar para interpretar otros. Acepté a pesar de mis sentimientos encontrados. La doble vida me sacó de la depresión.

Durante mis actuaciones, olvidaba quien era. Ya no era don Ramón el director de un banco. Me convertía en Aramís, el personaje más sensual de que se tenga memoria. En cada comercial me superaba. Eso daba por resultado: la locura entre las mujeres. El desodorante "Mosquetero" fue el más vendido de la época. El dinero caía en mis manos como lluvia. Desgraciadamente lo ocultaba. No era cosa de andar explicando de dónde venía. Y mi vida conyugal se iba al carajo. A mi esposa ya no le interesaba hacer el amor con don Ramón, empleado bancario. Soñaba con el maldito mosquetero. Eso fue lo que me impulsó a confesar la verdad. ¡Maldita sea! nunca debí hacerlo.

Mi esposa decidió tener un amante y acepté. La única explicación que me justifica es que la amo. Fue un pacto injusto para mí. Nadie se puede imaginar lo que es tener a la mujer amada entre los brazos, y saber que en ese momento ella acaricia a otro. Mi rival soy yo mismo. Aunque a veces lo dudo, sobre todo cuando me pregunto: ¿cuánto de mí cambia cuando visto el traje de mosquetero? Hay noches en las que emerjo del amor y no recuerdo nada. Últimamente han entrado en mi vocabulario palabras francesas. Nunca he estudiado el idioma y cada día mi pronunciación es mejor

LOLA

Guadalupe sacó la estufa de la cocina a empujones. Ya en el patio, la espolvoreó con detergente. Tomó la punta de la manguera y abrió la llave de agua. En lugar del poderoso manantial que esperaba, escurrió un hilo amarillento. Me lleva la fregada, parece miada de viejito. Arrojó la culebra de hule lejos de sí como cosa maligna. Otra vez, la tercera esa semana, el acarreo de agua. Había cincuenta metros hasta la casa de los pelirrojos, la esperaban cuatro viajes cargando tinas desde el único pozo de la cuadra. El sol de las cuatro de la tarde parecía aplastarla. Dudó entre planchar la ropa, confiando en que sus hijos llegarán temprano y quisieran ayudarla, o ir de una vez. Pero la estufa, como un polvorón en la mitad del patio, la decidió a traer el agua.

La bata lúida y los zapatos de plástico la torturaron mientras esperaba que abrieran. Ojalá que me reciba Lola. Con los demás pelirrojos se avergonzaba. Unos pasos leves se escucharon dentro. Bendito sea Dios, es Lola. La puerta se abrió y Guadalupe se sintió enana. El moño rojo en la cabeza de Dolores rozaba el dintel de la puerta. El vestido azul, con aquella falda amplia, provocaba envidia. Era un bello espectáculo. Se saludaron con sonrisas. El motivo de la visita era obvio. Con ademán elegante Lola le indicó que pasara. Delicadamente le quitó las tinas de la mano y caminó, meciendo la cadera, hasta el corral. Lupe le dio alcance

cerca del pozo. Quiso sacar el agua ella misma, forcejeó, y sus manos quedaron a la vista de Lola.

—Qué maltratadas tienes las manos, Gualú, ven, te voy a enseñar una crema increíble.

La tomó del brazo y la llevó a su recámara. Sobre el tocador se amontonaban docenas de menjunjes para la cara mezcladas con joyas de fantasía.

—Póntela, Gualú, yo me la unto en todo el cuerpo después del quehacer, me deja el cutis lisito, lisito. Nomás de pensar que el menso de Beto no lo supo apreciar me da una rabia. Viéndote, luego se da uno cuenta de que a tí tampoco te valoran. Rebélate mujer.— Con gentileza la hizo sentarse en un sillón.

—Estas no son manos de médico, querida, déjame hacerte el manicure.

Sacó el estuche y Lupe sonrió: efectivamente era médica. Pero parecían haber pasado siglos desde la última vez que lo recordó. Se sintió rara, sentada a esa hora, platicando. El remordimiento la puso de pie.

—No es por desairarte, Lolita, pero tengo mucho trabajo.

—Espérate, mujer, apenas empezábamos a platicar. ¿Qué te parece si voy a tu casa, te ayudo y después te arreglo las manos?

—Me da miedo que llegue Jorge, ya sabes cómo es.

—Por eso no te apures, mi reina, me salgo antes de las siete.

—Andale pues.

Lola se empeñó en cargar las tinas. Hicieron cuatro viajes. La limpieza de la estufa fue pan comido para dos personas. Gracias a la fuerza física de la visita, no hubo necesidad de empujar la estufa de regreso. Lola la metió cargada. Improvisaron un salón de belleza en la sala. Un bienestar ya olvidado invadió a Lupe. Sus manos, previamente remojadas en el agua tibia, fueron cuidadas con ternura, mientras la conversación fluía, íntima.

—Al principio fue muy dulce pero después fue amargo, Gualú. Yo nada más lo hago por amor. La primera vez que me quisieron pagar me sentí tan lastimada. Ahora los comprendo, la pasión es como una bestia. Asústate, mi reina, yo también he pagado. Pero no me siento menos, conozco mi valor como persona. A veces siento el sexo como algo separado de mí. Lo veo como si fuera un objeto y me siento como dividida en dos: persona y cosa al mismo tiempo. Es que soy tan romántica y este mundo tan materialista. Ni siquiera tengo el consuelo de un hijo. No te rías pero a veces me quisiera ir de monja.

—Pero eres libre, Lola, puedes ser persona, mírame a mí. Tengo hijos, esposo, pero no soy yo. . .

Pasaron las horas, para Lupe las más placenteras de los últimos años. Estaba tan absorta que las campanadas del reloj a las siete la asustaron. La llegada de Jorge se presentó como una amenaza. Lola también se asustó. Se precipitaron sobre los objetos delatores. El miedo entorpecía sus acciones. Era inútil, no iban a terminar de recoger a tiempo. La puerta de la calle se abrió y el sonido de pasos pa-

ralizó sus movimientos. A medida que las pisadas se acercaban Guadalupe se iba calmando. Sus pensamientos tomaron caminos nuevos. Ese macho absurdo, ¿qué derecho tenía de manejarle la vida, de asustarla así? Cuando Jorge entró en la sala abrió los ojos escandalizado y la voz le salió del pecho como un rugido. ¿Qué chingaos hace este joto aquí? No pudo decir más porque el trapo mojado que su esposa le arrojó a la cara se lo impidió.

HASTA LA MUERTE Y MAS ALLA

La calle abierta se deja penetrar impunemente —como yo— se dice la mujer en cada esquina. Pasa al lado de ventanas semejantes a ojos cerrados que esconden refugios ajenos, nunca el propio. Nada se mueve bajo la luz de la luna, blanca, indiferente. Ayer no hubo luna ¿o sí? no recuerda. Cuántas cosas ha olvidado, cuántos hombres, parece como si hubieran sido solo uno; caras fundidas en un rostro borrado, un ademán perentorio y una sonrisa despintada.

Horas antes, noche insólita, viva aún en las células de su memoria. Todo se imbrica, forma un bloque de calor desconocido, afecto en la mirada y ese “buenas noches, señorita”; la puerta cerrándose. Y ella, perdida en el lecho de sábanas sucias, en un cuarto maloliente, apenas alumbrado. Minutos en los que el deseo por ese otro mundo, que intuyó, se le enredó en la garganta. Como recortes de periódico viejo, los recuerdos llegaron. Ella corriendo sobre el lodo de la calle, la casucha de tablas y cartones y el miedo. Las noches en que la arañó el dolor entre las manos de los amigos de su madre. Creyó muchos años que así era todo, hasta que conoció el respeto, no para ella, pero fue testigo.

La calle, ¿qué más daba? ahí estaba el mismo dolor, pero tras él estaba el dinero. “Señorita”, palabra que aca-

ricia su lengua. No la lastimó. La ternura de aquellos brazos aún la relaja. No le dio dinero, le regaló una medalla, ahora tibia en medio de los senos. Sintió sus manos ásperas y suaves. Ríe ante lo absurdo: ásperas y suaves. Sus pasos empujan las calles hacia atrás y sus pensamientos juntan esperanzas. Si pidiera un trabajo en la fábrica de cerillos tal vez pudiera dejar la calle. No contaría su pasado y quizá la quisiera un hombre como él. Tendría hijos, un delantal de cuadros rojos y una maceta o dos con margaritas. Le dirían señora y en las noches le platicarían sus cosas. Le hablaría de la tarde que pasó en la iglesia; del silencio, del olor a flores, del agua bendita que se robó. Le contaría que sabía escribir su nombre.

Un automóvil se detiene a su lado. El rostro del conductor parece una mancha blanca en la oscuridad. Ella se niega, el vehículo la deja atrás y se pierde en una esquina. Si él la buscara en el hotel, no la encontraría. Es imposible. ¿Y si no? Tal vez esta noche no, pero mañana pudiera ser que sí. Debe regresar. Si él no vuelve, cuando menos ahí la espera el descanso. Camina en dirección contraria mientras recuerda sus ojos. ¿Cómo eran? No sabe cómo expresar si eran tímidos, tristes o asustados. No debe ser casado, ¿qué mujer lo dejaría solo? Si él fuera todas las noches lo enamoraría. Hasta podrían casarse. Una vez le contaron que eso pasaba a veces. El hotel queda lejos, en ese momento él puede estar ahí. Encontrará a Julia; es más alta y delgada que ella. Acelera el paso. Lo imagina esperándola en la puerta, mirando el reloj; el sonido de los tacones de Julia, la pregunta: ¿esperas a alguien? Casi los ve subir la escalera y entrar en el cuarto. Una pinza de fierro le aprieta la garganta. ¿Por qué salió?, debió quedarse. Ya no le tendrá confianza, dirá que la puta es puta hasta la muerte y más allá. Corre sin fijarse en donde pisa y un ta-

cón se le atora en una rendija del suelo. No puede avanzar y acaba por romperlo.

Llega al hotel cubierto de sombras. En la administración está don Ramón con los ojos rojos de desvelada. Al fondo se encuentra Julia dormitando en una silla. El no está. Los músculos de Rita se aflojan, su cara adquiere una expresión de boda. El viejo detrás del mostrador la mira. Pasa cojeando a su lado y sube las escaleras que, de pronto, se han hecho largas y empinadas.

THE [illegible] OF [illegible]

[illegible] [illegible] [illegible]

[illegible] [illegible] [illegible]

[illegible] [illegible] [illegible]

[illegible] [illegible] [illegible]

[illegible] [illegible] [illegible]

[illegible] [illegible] [illegible]

[illegible] [illegible] [illegible]

[illegible] [illegible] [illegible]

[illegible] [illegible] [illegible]

[illegible] [illegible] [illegible]

[illegible] [illegible] [illegible]

[illegible] [illegible] [illegible]

[illegible] [illegible] [illegible]

[illegible] [illegible] [illegible]

[illegible] [illegible] [illegible]

[illegible] [illegible] [illegible]

[illegible] [illegible] [illegible]

[illegible] [illegible] [illegible]

[illegible] [illegible] [illegible]

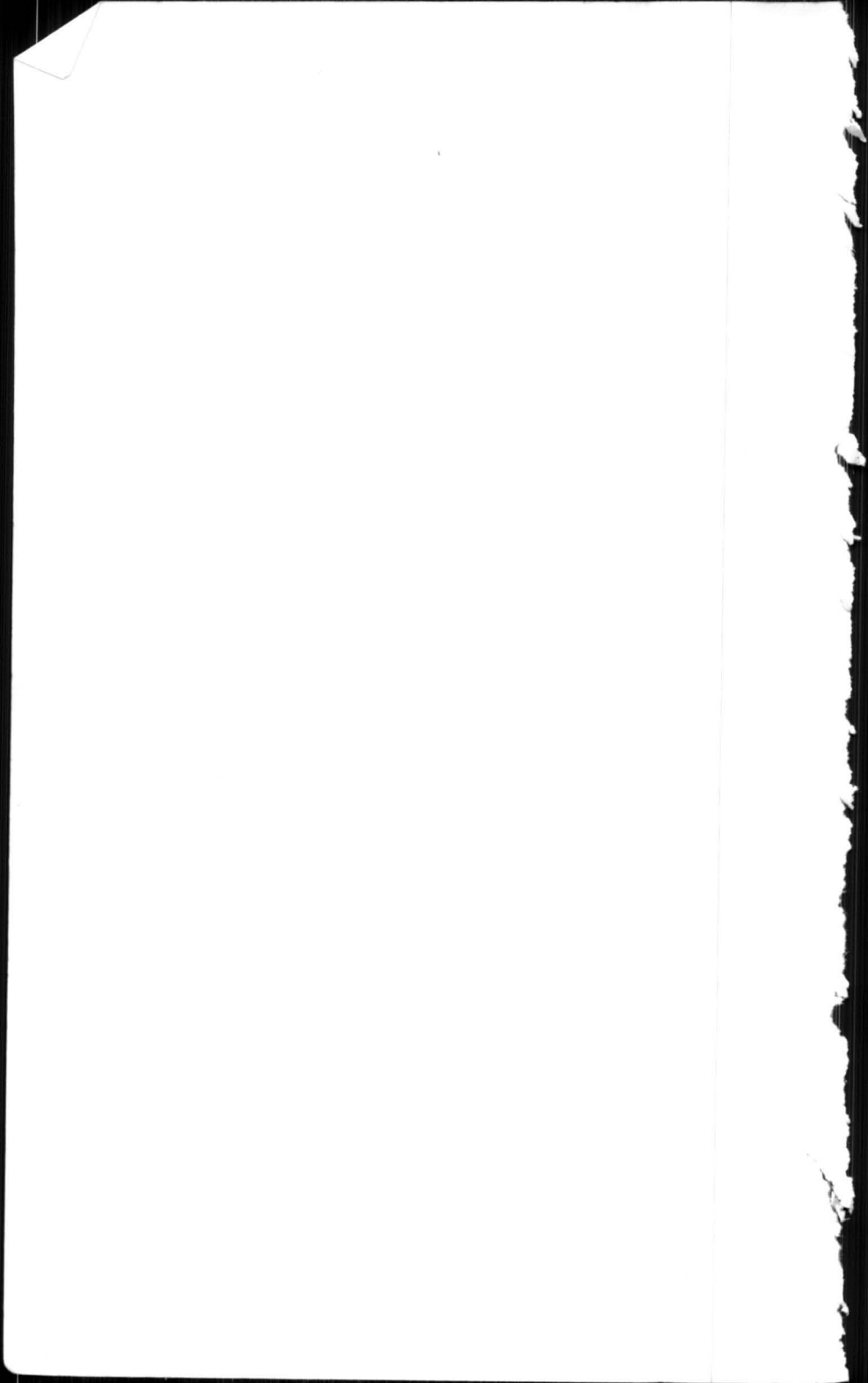
[illegible] [illegible] [illegible]

[illegible] [illegible] [illegible]

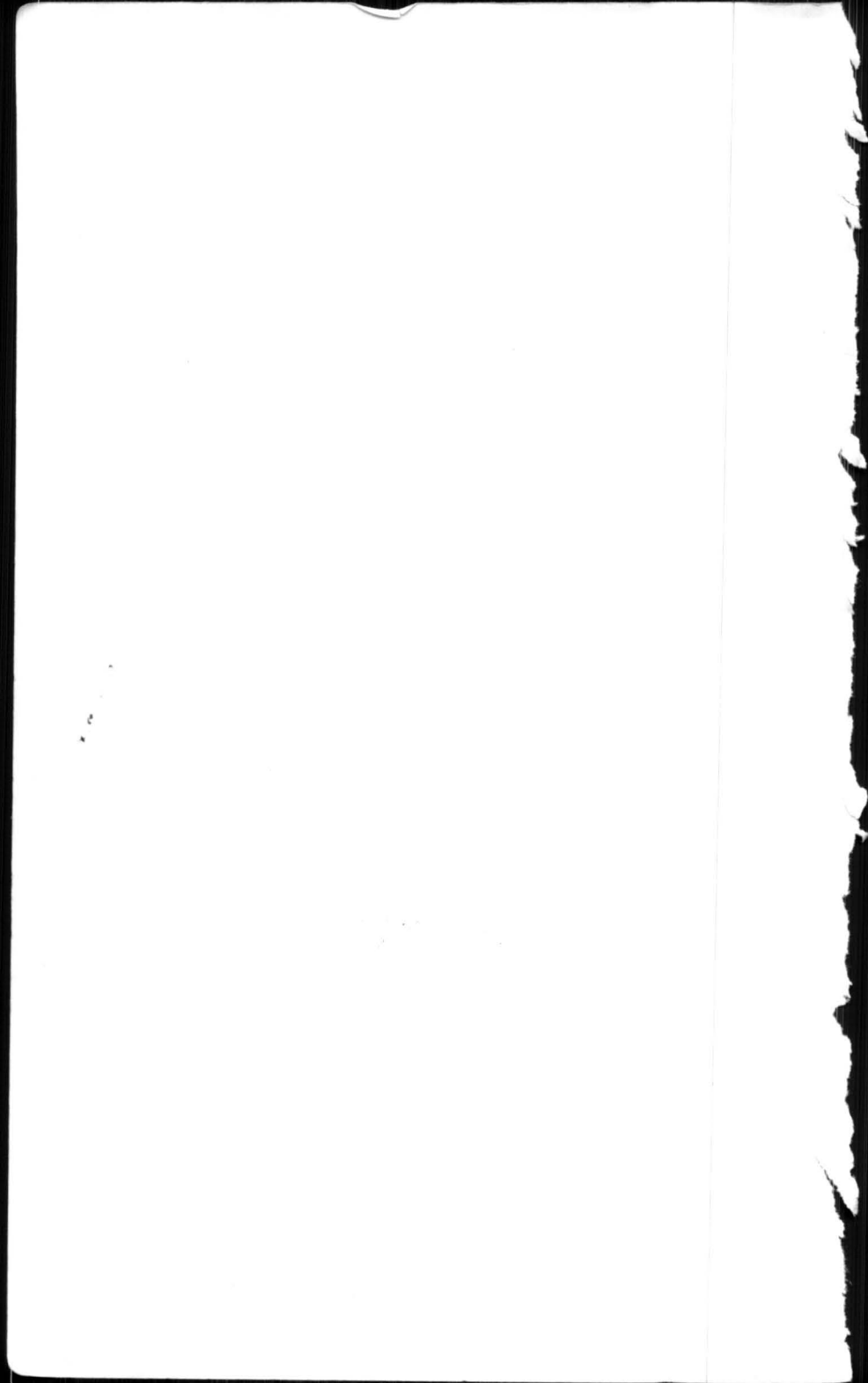
INDICE

PRESENTACION

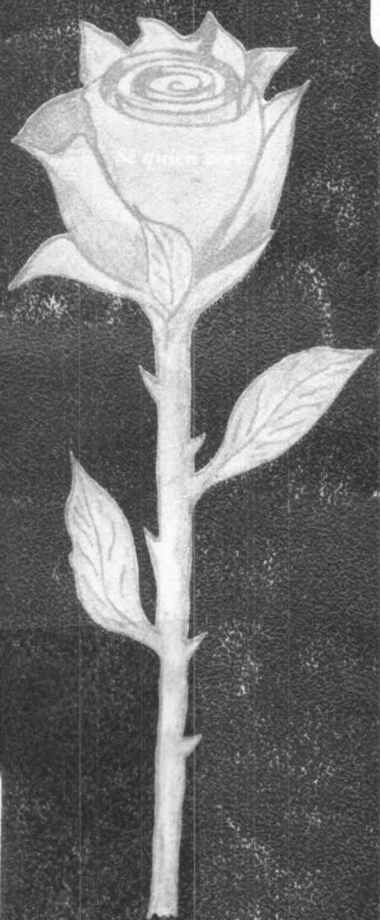
Una lanza por una dama	7
Luz, más luz	13
A través de tus ojos	19
Unas viejas películas	25
Elena	31
Carmen Cerino	35
El chamuco y otros menesteres	39
Sobre la espuma del mar	45
A la sombra de un limonero	51
El combate	55
Días de ofertas	61
Aquella noche	65
Gardenias y ladrillos	75
Aramís	79
Lola	85
Hasta la muerte y más allá	89



*Esta obra se terminó de imprimir
en los Talleres Gráficos de la
Editorial Universitaria Potosina,
el día 24 de julio de 1992. La
edición estuvo al cuidado de José
de Jesús Rivera Espinosa y consta
de 350 ejemplares.*

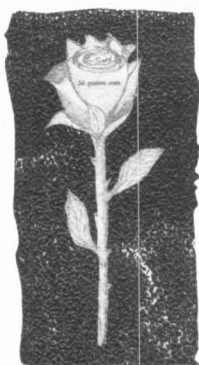


ELISA CARLOS



UNA
LANZA
POR
UNA
DAMA

SAN LUIS POTOSÍ, S. L. P., 1992



SAD3902



*Editorial
Universitaria
Potosina*